

Ojos Negros

FRÉDÉRIC BOYER

TRADUCCIÓN DE VANESA GARCÍA CAZORLA

narrativasextopiso



OJOS NEGROS

FRÉDÉRIC BOYER

TRADUCCIÓN DE VANESA GARCÍA CAZORLA



Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
Yeux Noirs

Copyright © P.O.L. éditeur, 2016
Publicado originalmente por P.O.L., París, 2016

Primera edición: 2019

Traducción
© Vanesa García Cazorla

Imagen de portada
By the Hills, Gerald Leslie Brockhurst (1890-1978), Ferens Art Gallery

Copyright © Editorial Sexto Piso, S. A. de C. V., 2017
París 35-A
Colonia del Carmen, Coyoacán
04100, Ciudad de México, México

Sexto Piso España, S. L.
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España

www.sexto piso.com

Diseño

Estudio Joaquín Gallego

Conversión a libro electrónico
Newcomlab S.L.L.

ISBN: 978-84-17517-35-9

El presente proyecto ha sido financiado con el apoyo de la Comisión Europea. Esta publicación (comunicación) es responsabilidad exclusiva de su autor. La Comisión no es responsable del uso que pueda hacerse de la información aquí difundida



Cofinanciado por el
programa Europa Creativa
de la Unión Europea

Este libro fue publicado en el marco del Programa de Apoyo a la Publicación de la Embajada de Francia en México/IFAL y del Institut Français.

ESA FRASE. ¿Cuál? Te voy a echar de menos cuando crezcas. ¿Quién la había pronunciado? Durante mucho tiempo no quise saberlo. Ni por qué exactamente. Ni lo que aquella frase podía entonces significar. O no me atreví a profundizar más en ella. Ignoro lo que respondí y si dije algo. Tú y yo, para siempre. ¿Dura mucho ese *siempre*? A veces, toda una vida. Otras, más allá. Se perpetúa tanto en cada uno de los días felices como en los más tristes. Más tiempo aún que una sola vida. Menos, también. Todo depende. Ah, pero ¿de qué? No, desde luego que no fue un deseo como el que sentiría más adelante. No era igual. ¿Tú crees? Cuando al cabo de los años volvía a pensar en aquello, me decía que era imposible. Era un poco lo mismo que oír el rumor de un agua que fluye en algún lugar. Te imaginas un torrente. Te haces preguntas. Ahondas en ellas. Pero es imposible averiguar de dónde viene ese rumor. Nadie me preguntó nunca qué había pasado, qué habíamos hecho. Nada. Era yo quien, por cierto, hacía las preguntas. Yo tenía esa edad en la que, infatigablemente, hacemos la misma pregunta a todo el mundo. No pensamos más que en eso, en las preguntas. Ninguna respuesta nos satisface del todo. Pero no dejamos de inquirir. ¿Hasta que nos vienen a la memoria las cosas perdidas? No, hasta inventarlas finalmente. Tal vez aquello hubiera sido un malentendido. Ella no te habría arrastrado a eso. No a tu edad. Ella no podía querer eso. Debió de ser una proyección mía. Se sabe de niños que viven inmersos en semejantes proyecciones y que creen en ellas a pies juntillas. Lo malo es que ningún malentendido se reduce jamás a una mera falta de información. Ni de conocimientos que podríamos, un día u otro, enmendar y compensar. Aquello no se asemejaba a nada. ¿Eras feliz? Lo que sentía estaba por debajo o más allá de la dicha. Y mucho me extrañaría si las palabras *feliz* y *dicha* estuvieran siempre en armonía entre ellas, o con las cosas que pretenden representar. De niño, muy pronto intuí que las palabras batallaban con la vida, con los usos que hacíamos de esas palabras en la vida. Habrá mil maneras de decir que uno es *feliz o infeliz*. Ninguna bastará. Pero ¿volviste a verla? No. ¿Qué edad tenías exactamente en aquel entonces? ¿Qué ha sido de ella? Bueno, ya sabes, debió de morir mucho tiempo atrás. Desapareció.

¿Cómo iba a volver a verla? ¿Cómo estar seguro del todo de que ella se me apareció? Únicamente en el cine una desaparición se plasma de una manera visible. Sí, pero así me educaron: no creo en las desapariciones. Cada ausencia exige una interpretación. El sentido no es otra cosa que el fruto de nuestro empleo del duelo. Eso se llama «cultura», «civilización». El *siempre* no cesará nunca. No, pero no existe un *siempre* sin cicatrices: microcortes que conforman tanto la memoria como la eternidad.

Se accede allí siguiendo un largo pasillo, angosto, asfixiante. Es una estancia grande de una vieja casa en un jardín que, entre nosotros, llamamos el *Château*. Está decorada con antiguos grabados que son ilegibles para nosotros. Los altos ventanales dan a los árboles y, en lontananza, detrás de las alamedas, más allá de unos muros que en algunas zonas se desmoronan desde mucho tiempo atrás, al mar: el Mediterráneo. ¡Cómo me gusta ese nombre! Es una habitación singular cuyas proporciones se nos antojan gigantescas, con una doble hilera de camitas todas iguales y con las mismas sábanas blancas bajo una manta oscura, unas camas que forman un bloque en el espacio cual si fueran una hilera de fichas de dominó. Con una chimenea condenada al fondo en la que, otrora, debieron de asarse bueyes enteros. Soy muy pequeño. La que me da las respuestas me estrecha en sus brazos. ¿Quién ha hablado? ¿Quién me ha roto el corazón? Si somos realmente eso que llamamos «seres dotados de habla», entonces a todos nos salva y nos pierde la palabra. ¡Ay!, si nuestros años pasados se pusieran a hablar y nos revelaran los secretos que pensábamos haber abandonado tras nosotros, de un solo golpe los recuerdos, esos prisioneros arrepentidos, tomarían la palabra y lo confesarían todo. Entendedme: LA INFANCIA es el inaprehensible asunto que me gustaría tratar aquí, que se hincha y se aleja como un globo con su estrecha camisita de ayer, esa que hace meses que no nos ponemos. Con sus minúsculos botones de nácar, comprados en la modesta mercería de la esquina de nuestra calle. Un buen día, sin avisar, esa camisa nos parece ridícula. Crecen tan rápido, dicen las madres para tranquilizarse. Ante todo, lo hacen para no tener que pronunciar la palabra mágica y dolorosa: *infancia*. Nunca es el tiempo lo que se ha perdido, sino la infancia. Todo se pierde, todo lo relativo a la infancia se olvida, y tanto los proyectos que ésta forjó para nosotros como las palabras que decía que nos acompañaban quedan reducidos a minúsculas imágenes indescifrables, unos jeroglíficos dentro de un templo en ruinas. Estamos todos en esa edad en que somos unos pequeños exploradores decepcionados y repetimos en bucle: *cuando sea mayor, cuando sea mayor*. Pero la mayor soledad es ella: la infancia. Ella es ese tiempo que no se entrega sino a quien

durante ésta se ha sentido solo. Ella es, durante toda nuestra vida, mientras va adentrándose en la oscuridad de la edad, ese porvenir que, incansable, nos pisa los talones. La infancia es siempre un descubrimiento. Como si, tras haber vivido realmente, ya no creyéramos en ella. Y nos sorprende cuando la redescubrimos ya entrados en la edad adulta; una vez que hemos empujado la puerta de la casa del recuerdo, que no se abre a nosotros sino a partir del momento en que el detalle de lo que llamamos «los hechos» se ha borrado y en que sentimos que nos abismamos en el pasado igual que si nos sumiéramos en un sueño en el que estamos despiertos para ser confrontados a unas extrañas manchas de tinta muy oscuras. Es un CHOQUE NEGRO (*Dunkelschock*), por retomar la expresión del famoso test del psicoanalista alienista Hermann Rorschach. Todo comienza cuando una cosa terrible, terriblemente bella, está SUCEDIENDO. Mas ¿no lo sabíamos! Y en ese instante nada nos podía sugerir que un día lo sabríamos. En lo por venir, irremediabilmente. Nada nos daba a entender que la infancia nos estaba abandonando. Y que nos decía «adiós muy buenas», dejando ante nosotros un inmenso desorden por interpretar, colocar, clasificar. Si es que tal cosa es posible.

Recuerdo los golpecitos que tenía que dar en una imponente puerta gris. Estaba hecha de una madera pesada, y la pintura, considerablemente desconchada, dejaba ver otras capas más antiguas. La puerta del dormitorio para la siesta de los pequeños. Tres golpes. Silencio. Luego, dos golpes. Era ésta la señal, seguramente confiada en secreto una tarde. Se me cortaba la respiración por la emoción. Toda vez la puerta se abría lentamente y aparecían DOS OJOS NEGROS MAGNÍFICOS. Negros como la noche y almendrados. Dos ojos que me dominaban y hacia los cuales yo alzaba los míos. Verticalidad turbadora. A veces, esos ojos estaban muy brillantes, y otras, muy sombríos o llenos de humor, pero siempre parecían estar posados en mí. Me miraban fijamente durante una eternidad. Silenciosos. No debíamos decir nada al entrar. Ésta era la regla que nos habíamos impuesto. Yo aún no había cumplido seis años. Me colaba en la habitación con el corazón a punto de estallar. Al final, aquellos ojos estaban a menudo tristes. Porque presiento que te voy a echar de menos cuando crezcas, repetía quedamente la voz en cada ocasión. Siento que voy a llorar. Es una tontería. Cuando me eches de menos, ¿me verás con tus ojos tan oscuros? Un corazón que siente nostalgia por otro y piensa en él seguramente volverá a verlo un día. Eso dicen, SEÑOR. ¿Me querrás siempre? Y yo me decía, con toda la seriedad de la que somos capaces en la infancia: sí, pero eso debe de durar mucho, *siempre*.

En el jardín de infancia no me despego nunca de Ojos Negros. Me aferro a ella. No quiero estar separado de ella. Los niños se burlan un poco de mí. ¡Siempre pegado a sus faldas!, dicen a mis espaldas. Ella es una preciosa joven morena que se ocupa de nosotros cuando las hermanas del Saint-Esprit, nuestras vigilantes y piadosas maestras, son llamadas a otros oscuros menesteres, como rezar o preparar las comidas. No guardo un recuerdo preciso de su rostro. En mi memoria, no veo sino sus ojos negros. Me acuerdo de algunos minutos que pasábamos juntos, arrancados a unas tardes espléndidas. Permanezco, insatisfecho, junto a Ojos Negros, pero desconozco justo aquello que me habría colmado. Aunque no puedo saberlo, busco algo que me supera, un conocimiento cuya comezón, cuya avidez siento a despecho de que su objeto me es desconocido. Sin tener una idea de ese algo. Es una presencia misteriosa y embarazosa, como todos los misterios. Heme aquí, pues, plenamente convencido de una realidad cuya existencia ni siquiera sospechaba. Una cosa invisible y gratuita. Yo aguardaba a que estuviéramos solos. Si bien era un suplicio cada día, no habría querido ceder mi lugar por nada del mundo. En cuanto me era posible, acudía a frotarme con sus preciosas piernas finas y perfumadas. Ojos Negros me dejaba hacerlo, y mis manos menudas acariciaban sus muslos desnudos lo más arriba que podían. Aquel abandonarnos el uno al otro me parecía natural. Me acuerdo sencillamente de la loca dulzura de ese consentimiento. Un SÍ SILENCIOSO, pero encarnado. ¿Estábamos plenamente seguros de lo que queríamos? Lo único que recuerdo es que ese *sí* no estaba en absoluto seguro de su derecho, que no se proclamaba públicamente, sino que se afirmaba con delicadeza en el silencio de nuestros gestos y sonrisas, en los rincones sombríos del gran *Château*. Mas ¿nos convertíamos en ángeles por un inexpresable *sí*? Ojos Negros reía, y yo admiraba sus dientes, sus labios, su lengua. Me tumbaba en el suelo y me hacía el muerto hasta que ella se inclinaba y yo podía entrever por fin sus dos senos redondos en el resquicio de su blusa. Ella misma, con esa ambivalencia erótica que a la sazón yo no podía percibir con claridad, se brindaba a mis ojos. Me dejaba que la descalzara (unos zapatos de tacón con

punta redonda) y ofrecía sus pies desnudos a mis besos de niño, me consentía peinar su larga cabellera con reflejos fuliginosos. Tantas prendas impuestas en un juego que sólo nosotros conocíamos y que consentía su mirada brillante, oscura, pletórica de una fiebre cuya razón yo ignoraba. Ella me enseñaba sus rasguños, sus rojezes, sus granos, sus heriditas, y yo tenía que lamerlos suavemente. No me imaginaba nada acerca de su vida fuera de las horas que pasábamos juntos. Yo vivía para ella. Su existencia misma se limitaba para mí al tiempo que pasábamos juntos. Unos minutos, a veces una hora, robados a la estricta banalidad de los empleos del tiempo. Ése era el privilegio de la infancia. Ojos Negros era sólo mía. Su piel me electrizaba. Y sus caricias no se semejaban a ninguna otra caricia que me hubieran prodigado hasta entonces. Yo, que tenía esas SANTAS VISIONES del amor y las uniones regias que tienen los niños, planeaba casarme con ella en breve, cosa que una tarde estuve a punto de confiarle a sor Ange, pensando que ésta necesariamente conocería el secreto de semejantes tratos. Pero, bendita mala suerte, una tarde ésta se anticipó a mis planes y me preguntó con inquietud tras haberme sorprendido errando solo en los pasillos DE ARRIBA, con la frente roja y los miembros temblorosos. Delante de la puerta gris. ¿Y bien?, ¿y bien?, me preguntó ella. ¿Qué haces aquí a estas horas? Yo no debería andar vagando por ese pasillo. Debería reunirme con los demás, que estaban jugando fuera. Y disfrutar del buen tiempo. De buenas a primeras, lo comprendí: Ojos Negros y yo no tendríamos ningún aliado, ningún confidente. Estábamos solos en el mundo. Puede que el pudor y la sospecha me hicieran contenerme ese día, cierto sentido del peligro y del disimulo. No decir nada. Hacer como si tal cosa. Era asimismo posible que sor Ange, a la que nunca había visto besando a nadie, a ninguno de nosotros, no fuera la persona adecuada. Presentía de veras que me estaba arriesgando a despertar en ella virtudes contradictorias. Ella me había prevenido. Ojos Negros había puesto un dedo en mis labios y, sonriendo con un suspiro, me dijo: chis, chis. Éste es NUESTRO PEQUEÑO SECRETO. Me imaginé esto como el corazón de un animal minúsculo palpitando, pendiendo de mi silencio. Al presente recuerdo que, durante mucho tiempo, estuve soñando con aterradoras confesiones que me arrojaban a una vergüenza indescriptible, insuperable. Desde entonces, sigo teniendo las mismas visiones obsesivas y secretas de una vida común con la primera desconocida con la que me cruzo y con la que no puedo sino imaginarme una complicidad mágica *¡de por vida!* CHIS. Ay, todas esas vidas por explorar y

que dejamos atrás en el camino. Hasta que llega el día, ese en que el peso de mi pena mermará igual que se apagan los ruidos en la calle cuando nieva. Precisamente, nevaba en Niza ese día. Era excepcional aquella blancura sobre el mar y las playas de guijarros. Nos habíamos quedado los dos solos en los dormitorios. Un viento frío penetraba por la vasta chimenea, a pesar de unas planchas de madera barnizada que obstruían el hogar. La mayoría de los niños habían regresado a sus casas, medio patinando, agarrados, como a unas áncoras movientes y blandas, de las manos de los mayores, insensibles éstos a la embriaguez del momento. Con la aparición de la nieve que sorprendió a todo el mundo, se sucedieron los acontecimientos que ahora ruego a Dios que me ayude a recordar para, por fin, arrojar luz sobre ellos. Dios es inmenso y yo todavía soy tan pequeño, y ya acarreado el fardo de mi debilidad. Jamás sabré qué gesto o palabra míos provocaron ese día en Ojos Negros aquella reacción brutal y violenta, aquella decisión terrible en la nieve. Pero de la noche a la mañana, por una razón que siempre me fue desconocida, puso fin a nuestros juegos y no me dirigió la palabra sino para llamarme al orden o advertirme de todas esas cosas inútiles y humillantes de las que se advierte a los niños. Por más que llamara e hiciera la señal, la puerta del dormitorio ya no se abría. O puede que jamás hubiera habido puerta alguna. O que jamás llamara a la buena. Durante semanas, me convertí en el agrimensor del *Château*. Tal vez continuaría siéndolo el resto de mi vida. En busca de una puerta que al abrirse de nuevo me concediera la visión de aquellos ojos negros. Mucho me esforcé por recordar todo cuanto habíamos hecho para saber si no había acontecido, en un momento dado, algo que la habría entristecido o enfadado. No di con nada. Me sentí un miserable. Fui el único testigo de aquella derrota. Muy pronto conocí la soledad del desterrado. En un santiamén, volver a convertirme en un niño, un crío abandonado a su vergüenza de niño. Vergüenza de mi carne tan joven. Yo, de pronto un mocosito. Me quedaba allí como un astro sin gravitación. Llegaba a dudar de la realidad de lo que habíamos vivido juntos. Aquel dormitorio del primer piso continuaría estando cerrado. Como un joven mártir, llegaba a rogar locuras: DESCUARTÍZAME, DIOS MÍO, destrípame, expúlsame si esta historia nunca ha existido. Creo, sin embargo, no haber reencontrado nunca en mi vida de adulto la frescura de Ojos Negros. ¿Acaso no sabía ella que tenía que ceñirla con mis brazos cuando atravesáramos el Mediterráneo para alcanzar otras tierras, una isla en la que ella y yo viviríamos? No entendía nada de lo que su

cambio de actitud podía significar. Simplemente intuía que, en un cabal instante que había escapado a mi comprensión, yo no debería haber sido yo, tan pequeño, tan estúpido e ignorante. Lo más doloroso fue ese fugaz momento de consolación en que Ojos Negros me cogió las manos y buscó largamente unas palabras que jamás franquearon sus labios rosados y húmedos, ligeramente cortados. Seguramente pensara que no podría hacerme comprender lo que tenía que decirme. Tal vez le pregunté qué pasaba. Me figuro que no me contestó. Y que continuó clavándome sus ojos, con la mirada perdida, sin verme. Hoy me doy cuenta de que tan sólo disponíamos de nuestros dos cuerpos dispares para unirnos. Y de las miradas. El uso de las palabras y del habla era incluso un obstáculo para lo que teníamos. Ojos Negros me abandonó así, sin explicación, sin palabras: me dejó pendiente de esas palabras imposibles que en vano ella había procurado pronunciar y a solas con esa inmensa pregunta en mi corazón: ¿qué era lo que en realidad podía yo haber malogrado? Una fractura inexplicable. Era terrible no volver a verla. Desde entonces, he guardado en mi memoria el perfume de Ojos Negros; sus amplias faldas acampanadas bajo las que me hacía pasar. Desaparece de aquí, decía ella. Ella no era un sueño, sino con mucho una realidad que daba tormento a mi memoria. No un fantasma, sino un recuerdo sin vestigio, sin prueba alguna de haber sucedido.

Cuando tenía cinco años caí en una de esas desesperaciones sin fondo de la infancia. Seriamente llegué a pensar que moriría a causa de lo que, siendo tan joven, se me reveló como la mediocridad de los sentimientos entre los seres. Con ella había convertido lo que probablemente era un juego en algo que ya no lo era. Ni siquiera me figuraba qué etapa decisiva habíamos podido superar. ¿Es la memoria o la verdad misma la que hoy me impide alcanzar lo que sucedió entre Ojos Negros y yo? Años guardando silencio. Vértigo ante un presentimiento. Una sospecha. Su pecho menudo exhalaba una breve respiración cuando me murmuraba que estábamos locos y me llevaba aparte. Y aquel día, en el silencio amortiguado de la nieve en el exterior, Ojos Negros me hizo jurar esto: no se LO dirás a nadie. SE ACABÓ, PUNTO REDONDO. No se repetirá. Y recuerdo haberme deslenguado, con lágrimas en los ojos, temblando de frío o de miedo, sin saber a qué estaba asintiendo ni el nombre de semejante secreto, el nombre de aquello que acababa de terminar entre nosotros, pero cuyo recuerdo estallaría en largas deflagraciones. La nieve en el suelo se trocó quedamente en un barro amarillo casi negro. Fuera el viento era gélido. El Mediterráneo había desaparecido en una bruma blanca.

Hacerme a la idea de su ausencia. Decir conoceré LA VIDA SIN ELLA. Tener dolor de muelas sin alivio alguno. Tener miedo sin consuelo. Una vida sin nada de esto. Al cabo de los años, las cuentas siguen sin estar claras. Qué más da. La vieja casa trágica de la existencia ha adquirido el olor de la gente y de los fulares oscuros que la estrangulan, y de los ríos en los que se ahoga. ¡OH, BUSCÁBAMOS UN FUEGO! Pertenezco a esa generación blanca a la que no sucedió nada reseñable: ni guerra, ni abandono, ni revolución, ni miseria, ni hambre ni aventura. Creo que los vientos clamoreaban a nuestro alrededor, mas nosotros no sabíamos nada de aquello, o no queríamos saber. Y todo ese tiempo perdido en decidir quiénes somos. PERO QUE LOS ÁNGELES DEL CIELO SEAN TESTIGOS DE ELLO. Aun abandonado y traicionado, yo no estaba solo. Vivía unos DRAMAS OSCUROS. Ojos Negros me había arrastrado a unos actos que supuestamente la infancia no debe ni soportar ni cometer y que ésta encubre con su silencio culpable. Dicen que no hacer nada a veces salva el equilibrio del mundo. Hoy tengo la impresión de que muchas cosas se han hecho sin mí, quiero decir sin mi voluntad, pero que esas cosas abrasadoras se han convertido en pájaros que no existen y que éstos han debido de anidar en mí sin que yo pueda ahuyentarlos. Siempre me costará dormirme pensando en esos pájaros sin otra existencia que la de un recuerdo truncado como una promesa jamás cumplida: la del silencio del niño, la promesa hecha a la bella Ojos Negros de no decir nunca nada. Pero ¿en qué terminó aquello? Andando el tiempo, de la promesa no quedó más que su cáscara vacía. No decir nada, pero ¿el qué no debía decir?, ¿cuál era el mensaje del secreto?, ¿su texto indescifrable? Era como si de lo prohibido finalmente no hubiera quedado más que el sobre vacío. Toda mi vida permanecería atado y fiel a esa ordalía hueca como un AGUJERO NEGRO. Con el tiempo aprendería que todas las estrellas pasan así por una serie de dilataciones y contracciones. Pero aquellas cuya masa equivale a varias veces la masa solar ven cómo su densidad va aumentando a fuerza de contraerse, y algunas de ellas acaban dando lugar a agujeros negros. Se dice que son grandes aspiradoras de materia, al tiempo que se supone que producen energía

de ese modo. Lo mismo sucedió con nuestro secreto: al volverse invisible, al no poder reflejar ni emitir luz alguna, se tornó tan denso, tan pesado que se comprimió arrastrando hacia sí su masa y desatando una suerte de aspiración, un vacío, como el fenómeno de la gracia que han descrito algunos teólogos. La gracia no nos colma sino de la nada que produce cuando la recibimos.

Al final, a la contemplación no le queda más que aquello que es invisible e inaprehensible. Me estaba adentrando en las tinieblas de una revelación como un pequeño Moisés ridículo que hubiera coronado la cima. Tenía visiones. Me figuraba que había olvidado decir o hacer algo. Estaba atormentado. Me sentí terriblemente solo. No tenía nada que contar y, sin embargo, debía hablar. Con todo, nadie me habría escuchado, y yo sabía que debía guardar silencio, callarme aun cuando ignoraba qué palabras habrían podido desflorar ese secreto. A lo largo de aquellos años tuve que inventarme una solución para sobrevivir, para vencer aquella soledad aplastante, de modo que me inventé a alguien que, en mi soledad, me dirigía la palabra y me escuchaba. Alguien invisible, pero a quien podía confiar mi secreto. Y OTRAS COSAS IMPOSIBLES DE DECIR A CUALQUIERA. Cosas sin luz: ésta era su única belleza. Y su precio. Escuchaba lo que ese otro yo imaginario me decía en la oscuridad del oído y sabía que él decía la verdad. Sabía que él se escuchaba en mí cuando yo le hablaba. Ese otro de la infancia en la oscuridad me erigía en interlocutor. Planeta o estrella, me hacía brillar en la oscuridad. Le hacía falta un nombre. Algo que fuera breve a la hora de convocarlo. Un par de sílabas para murmurarlas, para repetirlas durante horas en la oscuridad de la infancia.

LAGO.

En la foto tengo siete u ocho años y unos grandes ojos tristes. Las mejillas hundidas y pálidas, el pelo largo. Con ese aire melancólico del niño al que, por su bien, sus padres han enviado a pasar un mes en las montañas con otros muchachos de su edad a quienes no conoce. Nos aprendemos de memoria estúpidas canciones de marcha. Nos medimos el sexo debajo de la tienda de campaña con una vieja regla de colegial de veinte centímetros, nos estiramos la cosa hasta hacernos daño. Aprendemos juegos que olvidaremos instantáneamente en cuanto regresemos con nuestras familias. En el entretanto, no nos aseamos sino sólo de cuando en cuando. Yo atravesaba unas desolaciones profundas. Sufría una vida precaria. Soñaba con carreras rápidas. Perdiéramos a quien perdiéramos o lo que perdiéramos no era sino a nosotros mismos. Todo niño da por descontado que tanto los abismos como las cimas le pertenecen. Los niños tienen asimismo el sentimiento de una mayor continuidad con respecto al pasado que nosotros, aun cuando (¿o precisamente por ello?) es muy poco lo que históricamente conocen. Las conquistas del ayer no los atemorizan demasiado. La imaginación es para ellos, como para Kant, una fuerza objetiva. Los adultos no lo ven, pero sus hijos son animales salvajes que, atados con cadenas, sueñan con seres por conquistar, con caricias prohibidas, con viajes imposibles. Desde sus primeros pasos vacilantes, tan endeble, tienen los andares inestables de un oso en pie con un anillo de plomo en el hocico, algo que a menudo los vuelve graciosos y ridículos. A veces, feos.

Jamás he vuelto a ver a Ojos Negros.

¡OH, LAGO! ¿Quién era Lago? Ése era su nombre. Era la infancia, su exilio. Y con ella, la tristeza, la nostalgia de una tierra que no existía. Yo aún no lo sabía. Un único pensamiento ocupaba mi mente: Ojos Negros se había esfumado. Aún no tenía seis años y ya le estaba jurando a ESE OTRO YO que intentaría cambiar de vida. Encontraría a Ojos Negros de un modo u otro. Devoraba historias que hablaban de hallazgos imposibles tras largos años de exilio o de soledad. Como ese soldado que se había quedado ciego o como ese hombre feliz y afortunado arrojado a una cárcel negra por muchos años, que reaparecían a la luz, irreconocibles para todos aquellos que ayer los saludaban y se decían sus allegados. Y así sucesivamente, como bien sabéis. ¿Era un pecado no poder estar tranquilamente entre mis seres queridos e imaginar esa otra compañía, UN AMIGO EN EL CIELO? ¡OH, LAGO! Qué contentos y tristes estábamos a la vez. Deliciosamente incapaces de comprender nada, pero acariciando hasta el final la esperanza de cruzar unas palabras más. Al presente, ¿dónde estamos él y yo? Idos. ¿Qué hay más allá cuando la infancia ya no existe? No se puede hacer otra cosa que DAR LAS GRACIAS. Agradecerle al Señor por todo aquello que no tenemos y que nos colma con su ausencia.

Alguien me hablaba al oído. Oh, oh, oh, oh, YO. Ese que nos habla en nuestro interior está unido al hecho de ser una persona desconocida. Pero no es este hecho en sí mismo: es la obediencia de la infancia a lo que no se ve, a lo que no se oye. La obediencia, la verdadera, a todo lo que no existe y disimula nuestros miedos, nuestras faltas. Hadas, grifos, reyes mágicos y destinos contrariados. La infancia está muy próxima de la nada. Su verdor de nada.

Childhood is a toad in the garden (el poeta William Carlos Williams, 1921). Creemos adentrarnos en los bosques húmedos de la existencia, pero un buen día, al anochecer, nos encontramos en seco al pie de unas inmensas montañas jorobadas e infranqueables. ¿Qué hacemos aquí? Ya no nos acordamos. ¿O es ésta la montaña que subieron solos ISAAC y su padre ABRAHAM camino de un sacrificio inimaginable al que ni uno ni otro conseguía renunciar? Sea lo que fuere aquello que tenían en mente, habían abandonado su burro al pie del vertiginoso camino del amor. Pero en el pensamiento de Dios y de los ángeles, ¿en qué se convirtió ese burro de orejas aterciopeladas, descargado de la madera del sacrificio y que, desde entonces, vaga por los montes de Moría en busca de un padre y un hijo? ¿Cómo me habría gustado encontrármelos por casualidad, toparme con ellos en un recodo del azaroso camino que había tomado! Juntos, padre e hijo, vibrantes y funestos, habrían partido al alba envueltos en el polvo de una caminata mortal. Habrían abandonado su burro errante y solitario. Se conocerían aquellos parajes de memoria. Y yo, pálido, vagamente angustiado, habría querido transformarme en Isaac, o seguramente más en músico de rock, en aventurero, en obrero de la construcción, en actor de comedia ligera, en cualquier cosa con tal de tener el sentimiento violento de haber sido un hijo salvado de un SACRIFICIO INMINENTE. Me puedo imaginar muy bien que, al igual que yo, Abraham e Isaac habrían acabado perdiendo en el camino el objeto de su viaje.

La infancia es un sapo en el jardín: acertada observación. Los sapos fueron los primeros cadáveres que vi cuando una tarde de domingo volvíamos de pasear en el coche de mi padre, y los potentes faros rectangulares del R16 familiar iluminaban implacablemente esos cuerpos blandengues aplastados en el asfalto. Yo me daba la vuelta y, a través de la enorme luneta del portón, innovación que había sustituido al habitual capó del maletero en los otros vehículos y que, de golpe, ampliaba nuestra visión de la carretera, procuraba yo atisbar por última vez, a lo lejos, esos cuerpecitos despanzurrados que, al salir de entre las altas hierbas de la primavera, se habían quedado

deslumbrados por los faros de nuestro implacable AUTOMÓVIL SACRIFICADOR. Y yo sufría por no poder hacer un alto en un restaurante de carretera y comerme yo solito un plato de comida consistente mientras pensaba en todas las aventuras posibles que debían de estar aguardando a ese niño solitario que dicen que todos seguimos siendo hasta el final.

De regreso a casa, había que acostarse. Las altas horas siempre fueron la mayor y más angustiada preocupación de mi madre. NO SE HABLE MÁS. El día había transcurrido en las carreteras entre los campos en un automóvil asesino rojo chillón. ¡A la cama! Pero ¿por qué llegábamos hasta nuestras habitaciones con el corazón temeroso y los ojos vacíos? Cada objeto familiar había cambiado, como si hubiera empequeñecido. El mundo a nuestro alrededor se había aplanado en el espacio de un domingo, lo mismo que la piel de un sapito aplastado. Luego, cada uno de nosotros en su cama se hablaba a sí mismo sin hacer ruido. TODA UNA VIDA PASABA ASÍ, bajo las sábanas en esa conversación invisible con otro que cada cual imaginaba que era su yo. Minúsculo continente negro en el que nos aventurábamos sin saber ni quién ni qué nos aguardaba. Derrochábamos las horas como si fuéramos inmortales, hablando con alguien sin otra existencia que la nuestra.

¡OH, LAGO! El recuerdo de Ojos Negros me estuvo persiguiendo años durante mi infancia. Tenía que acordarme de algo, pero ¿de qué? ¿Y cómo acordarme de aquello de lo que ni siquiera me acordaba de tener que acordarme? Sor Ange apareció una mañana para anunciarnos, con una voz severa que no invitaba a hacer preguntas, que Ojos Negros ya no vendría a cuidarnos. No la veríamos más. Se había acabado. Creí desplomarme allí mismo, en las filas que formábamos. Toda la nieve se había fundido en el espacio de una noche. Nada restaba ya de su encanto ni de su inquietante presencia agónica sobre la calzada. Ojos Negros había desaparecido con ella. La Promenade des Anglais, embarrada y desoladora. Algunos vestigios blancos todavía medio fundidos en el anfiteatro de Cimiez. Eso era lo único que quedaba de la noche y del día de la víspera. Sor Ange nos había colocado en filas. Nos observó en silencio a cada uno de nosotros antes de retomar la palabra. Ojos Negros ya no formaba parte del jardín de infancia. La habían echado como a una ladrona. O peor. Por mi culpa, ¡castigada!, ¡abandonada! Sólo yo sabía que ella me había dejado. Sólo yo sufría por su marcha. Sólo yo sabía que jamás recibiría el equivalente de lo que yo había creído haberle dado. Pero ¿qué había dado yo? Nuestros dones jamás se equilibran. Curiosamente me invadió una sensación de alivio. No por haber terminado con ella, sino porque en ese instante comprendí que Ojos Negros únicamente me pertenecería a mí. EN LAS ALTURAS, en ese cielo vacío de la infancia. Su mirada no me habrá abandonado nunca, pero se habría confundido para siempre con la noche, esa noche que nunca se disipa de nuestros corazones, la noche de los más pequeños, la de ese pavor del que sólo nosotros tenemos constancia.

¡OH, LAGO! Eras aquel en quien todo sería sepultado y guardado. Alguien a quien confiar mi alma, tal y como intentaría desesperadamente hacer en lo sucesivo en cada encuentro amoroso. Una parte de mis pensamientos, de mis deseos, parecieron así no ser sino los pensamientos, los deseos de ese otro que habitaba en mí en la oscuridad. Puede que también algunas noches yo le atribuyera mi propia desesperación de niño y la olvidara como se olvida la consternación de un desconocido. ¡Es hora de dormir!, se inquietaba mamá, que oía las voces desde el otro lado del tabique y cuya orden revelaba más su propia impotencia ante la noche que su preocupación por saber si estábamos dormidos. Ese personaje aparece con la infancia y su cortejo de presencias imaginarias, y con la creencia, como ya he dicho, o, más bien, con LA TURBACIÓN DE SER OTRO. Y con el riesgo recurrente, es cierto, de nunca más creer que se es alguien, quiero decir una persona única. Y te lo he confesado, SEÑOR: Lago era yo también, desde luego, el de verdad, como dicen los niños. En realidad, uno de los miles de nosotros que somos y que trabaja a la sombra, para un día acabar por no ser más que esa medialuna más delgada que el vago recuerdo que guardamos de nosotros mismos. Ese que nos acompaña antes incluso de nuestras primeras apariciones en este mundo, que bien podría haber matado a sus padres y a quien, durante mucho tiempo, no podemos o no queremos descifrar. Ni ángel ni demonio, sino un pequeño personaje que, erigiéndose en su doble, acompaña toda existencia que galopa directa hacia los osarios del tiempo. El que llora dentro de nosotros cuando, por enésima vez, nos dicen: Sonríe a tu padre, a tu madre. O que ríe en silencio cuando lloramos por el mal que nos infligen.

Lago murió hace mucho tiempo, pero vuelve cada vez que tengo un mal día, pequeño personaje lejano en el presente. Muy tempranamente hemos de experimentar la soledad en presencia de los demás, de aquellos a quienes amamos. Aún lo percibo, de pie ahí a lo lejos, en la orilla del tiempo pasado.

¡OH, LAGO!

Sueño como un idiota que él siga pudiendo apaciguar la noche abierta. Sé que no tiene morada. Sé que vive en mí como un arrepentimiento.

Una vez muerta la infancia, me quedé solo. Atrapado entre todos los demás en el mundo. Pequeño y pobre fantasma visible a todos. Durante semanas y meses, volví a ver esa misma escena desgarradora, cómo mis manos temblaban mientras desaparecía del dormitorio la grácil silueta de Ojos Negros. La señal para reunirme con los demás. Me acuerdo por partes de un par de largas piernas calzadas con medias negras que me hacían pensar en una Fantômette¹ cruel arrebatándome aquello que yo ignoraba poseer.

¡OH!, SEÑOR, HAZ QUE NADIE DESATIENDA LA LLAMADA.

Poco importa en el presente, pero durante años no quise comprenderlo. Y terminé admitiendo que, si uno podía habituarse a ser un extraño para sí mismo, tras un suceso tan impactante como para no tener que identificar a ese o esa a quien querríamos no tener que reconocer como uno mismo, dentro de nosotros alguien desconocido y familiar tomaba el relevo y velaba por nuestro propio yo con tanta crueldad como amor. Pequeño personaje inventado de nuestra resiliencia. Si él enloquece, nos vemos al borde del precipicio. Si se apacigua, recobramos la confianza. Sin que lo notemos, sin que necesariamente lo sepamos, esa aceptación, en apariencia estéril y sin fruto, de otro pequeño ser que es nosotros habrá arrojado más luz en nuestro ser. El hecho de jamás fundirme del todo con ese ser a quien intentaba semejarme y creer a machamartillo que no me encontraba a solas conmigo mismo habrá acabado desarrollando en mí una fe de entrada tenebrosa, privada de toda luz, en otro personaje, un doble incierto; luego, esa sombra habrá protegido en mí un espacio para, seguramente, acoger un día más de posibilidades: las de la infancia.

Digamos que LA EXISTENCIA INDEMOSTRABLE DE LAGO podría haberme conducido a tener que dar explicaciones ante tal o cual autoridad de la medicina y la psiquiatría, pero ocurrió lo contrario. Su existencia me salvó de eso (o prefiero pensar que así lo hizo). La invención de Lago me permitió olvidar a Ojos Negros, abandonarla en una de las habitaciones más recónditas

de mi memoria. Una de sus alcobas profundas, de donde nada vuelve a salir a pesar de nuestras llamadas. La adhesión implícita a una verdad indemostrable puede en ocasiones tener tanto de virtud como una adhesión pública a una verdad verificada por todos y, en ocasiones, incluso mucho más. Un secreto que nos es imposible revelar puede trocarse, ya en veneno, ya en protector. Es un asunto complejo que comienza con las insatisfacciones de la infancia, algo fortuito que, con el paso del tiempo, se torna definitivo. Varias aventuras vividas y abortadas se mezclan para construir otra que no se asemejará a ninguna. Hoy, SEÑOR, te digo que soy yo también esa agua que duerme y recubre con su calma engañosa la turbulenta sima de una vida. Una paz cosida a la negrura de las profundidades.

A ti, el otro, quiero imaginarte así, circulando indemne, sin arañazos, llevando mi secreto hacia la muerte o hacia algo que se le parecería. Hoy puedo decirlo, ¡OH, LAGO!, me apoyaste, me ayudaste y me consolaste cuando, ajeno a ello, estaba viviendo MI PRIMER MAL DE AMORES.

Lago, sin duda por LANZAROTE DEL LAGO. No fue sino pasado el tiempo cuando comprendí que esto era una evidencia. Un presagio. Lanzarote, el nombre cariñoso que me puso Vivianne aquella primera tarde en que hicimos el amor después de clase. Perdí mi virginidad en su despacho, bajo los retratos de su marido, abogado y miembro del Partido Comunista, y de Louis Aragon: dos marcos idénticos colgados a la misma altura en paredes opuestas de la habitación, algo que decidió mis primerísimas orientaciones sexuales, literarias y políticas. A esas horas mi madre ya debía de estar en casa poniendo la mesa para la cena. Yo tenía quince años y pico. Vivianne era mi profesora de francés. Caía la tarde. El gran enigma ya no era el sexo, era qué hacer con el sexo en el presente. Marisma solitaria. Sol pulverizado. Vivianne me enseñó a tomarla de pie contra la mesita de su despacho. No te preocupes por mí, CARIÑO, decía mientras se desmoronaba una pila de libros. Lo sé, sí, SÉ, repetía ella, QUE TODO IRÁ BIEN. Disfruta todo lo que puedas. En cierto modo, fue ella, Vivianne, quien rompió el sortilegio que unos años antes había obrado en mí la arrebatadora Ojos Negros, invitándome por fin a las claras al pecado y enseñándome abiertamente a hacer de la transgresión una inocencia asumida. Vivianne me pedía, riéndose de mi torpeza o de mi vergüenza, unos actos precisos: levantarle la falda, besar sus medias transparentes, tomarla apartando a un lado sus braguitas. Pararme para que ella me la chupara un poco. Y volver a tomarla. Desde aquella tarde yo tendría la convicción de que una verdadera atención a la sexualidad, desear ese fruto que ya no era tan prohibido, alimento a veces milagroso, me mantendría para siempre al margen de la seriedad patética de la mayoría de las vidas y sería seguramente el mejor remedio para escapar al profundo tedio de la existencia. Lo queramos o no, desnudos o casi (y este *casi* es siempre fuente de un infinito ridículo), asiéndonos, besándonos, meneándonos contra una pared, una mesa, sobre una cama, en el suelo, aceptamos en la impersonalidad del sexo vernos reducidos a meros cuerpos que, en su torpeza, intentan convertir esa breve victoria en la ilusión que debería curarnos de toda circunspección. Vivianne me felicitó sonriendo. Ahora ya conoces algo más de la vida. Nunca deberás

esconderlo. Tu placer. Aun cuando en ello haya una pequeña porción de timo. A sabiendas de que el día en que el CORDERO se enfureciera todos tendríamos que rendir cuentas de nuestro miedo, nuestro terror o nuestra obsesión por el sexo. Creo incluso poder decir algo más: la sexualidad está en realidad más allá del mundo visible (de ahí la siempre muy decepcionante expectativa de las películas pornográficas) y, probablemente, me haya hecho salir así de mí mismo. Por fin el contacto, creemos. Pero nuestras manos están agujereadas. Nunca más seremos hermano o hermana. Sólo entonces pensamos que esas cosas se vuelven reales (anteriormente eran medio sueños tan ardientes como inquietantes), y he aquí que los gestos más melancólicos, esos que se nos escapan por creer que los controlamos, son los gestos sexuales, son las caricias lanzadas en la oscuridad y dirigidas a un cuerpo cuya posesión no es más que una imagen, cuando no un engaño. Ninguna ola envuelve a los amantes. En el mejor de los casos, acabamos siendo aprendices de algo grave y minúsculo: LA INDULGENCIA, esa que se halla en el placer y que me enseñó Vivianne de aquel modo. Desde entonces nunca he podido soportar que los abrazos que damos a una persona puedan borrarse, olvidarse, que se pueda compartir esa intimidad con alguien, que en el momento cándidamente imaginamos tan privada y exclusiva, y que ésta pueda finalizar como un suceso absolutamente carente de compromiso y de finalidad. Y repetirse con otra persona. El sexo conjugando la repetición y la supresión. Tanto el gozo puro como el sufrimiento puro. Y el ridículo también. REPETICIÓN, GOZO, SUFRIMIENTO Y RIDÍCULO: los cuatro son inseparables de la sexualidad, algo comparable de repente a la privación de calor físico o de alimento. Al final, la sucesión de seres en una existencia posee la tristeza de las listas y las agendas telefónicas que amarillean y lentamente son pulverizadas por el olvido o el miedo de volver a toparse en el recuerdo, una tras otra, con esas presencias volatilizadas. Un gran sol arrebolado había invadido el apartamento y anunciaba el crepúsculo. No pasa nada, me murmuró Vivianne. Ya verás. Nunca sabemos cómo actuar, y esto es lo difícil.

Si, al final del todo, alguien tuviera que volver, espero que sea ella, Vivianne, para despertarme con una de esas voces de la infancia: No te preocupes. No te hagas MALA SANGRE, cariño. Nunca sabemos cómo actuar. ESTO ES LO JUSTO, palabras éstas que tan a menudo esperé oír de los labios de mi madre y que nunca llegarían. O esas pocas palabras a la hora de la merienda, de regreso del colegio, como: ¿Has pasado un buen día? ¿Qué has comido en la cantina?, pronunciadas por ella, mi madre, con una ternura inmadura que me conmovía tanto que, invariablemente, yo respondía lo mismo: lo que ella esperaba, pensaba yo, para no extraer de ello otro mérito que no fuera el de ser en la estela de su melancolía una sombra menor y tranquilizadora. Sí, ha sido un buen día. Me he comido todo. Amoldaba mis palabras a lo que ella quería oír, unas palabras que me venían dictadas, al menos eso imaginaba yo, para decirle al pie de la letra lo que tendría que haberla reconfortado. Y, sin embargo, la suya era una pregunta, algo que hasta hoy mismo no he comprendido, para la que ningún consuelo podía bastar. Se trataba de una prueba, como comprendería más tarde mientras leía la primera leyenda del GRIAL, cuando a Galván, en su búsqueda, se le olvida hacer la pregunta al desconocido anciano paralítico, guardián del Grial, el REY MÉHAIGIÉ,² que significa «enfermo, herido»: *¿Qué es lo que te atormenta?* Mi joven madre me pareció, al echar la vista atrás, una reina paralizada por una pesadumbre desconocida, encerrada en su tierra asolada y guardiana de un gozo puro que, para ser dispensado, exigía que yo me inquietara por lo que la atormentaba, por sus padecimientos. Pero ¿cómo preguntarle algo así a tu propia madre cuando tienes seis o diez años? Hoy querría, frente a cualquiera, no olvidar jamás la pregunta caritativa, la pregunta misericordiosa: esa que entraña tanto amor como tormento y que no viene a nuestros labios más que al cabo de un largo camino de pruebas, de incomprendiones y de errores. Simone Weil escribía a propósito de esto a Joë Bousquet el 13 de abril de 1942: «Sólo un ser predestinado posee la capacidad de preguntar a otro: “¿Qué es, pues, lo que te atormenta?”. Y no la posee nada más entrar en la vida. Ha de pasar por años de noche oscura vagando por el infortunio, lejos de todo cuanto ama y

con la sensación de ser un maldito. Pero al final de todo eso es agraciado con el don de hacer dicha pregunta y, por ello mismo, la piedra de la vida le pertenece. Y cura el sufrimiento del prójimo». Una pregunta loca que yo, niño que estaba entrando en la vida, en mi interior dirigía a alguien más y que nunca me abandonaría; niño que, al pronunciar las ateridas frases que creía esperadas por el prójimo, presentía que tras esa superficie melancólica y tierna de la respuesta a medida yacía el campo ensangrentado del día que acababa de finalizar: una batalla perdida que ambos, mi madre y yo, procurábamos olvidar hasta el día siguiente.

Otras respuestas habrían podido liberar a mi madre. Dentro de mí, Lago lo sabía en aquel entonces. Y hasta hoy mismo no lo he aceptado, pese a saber que es demasiado tarde. Durante mucho tiempo pensé que no se me oía, que no se me comprendía. Ahora bien, quien se siente incomprendido por los demás entraña su propio límite. Dondequiera que se encuentre, diga lo que diga o piense lo que piense, se choca con esa pequeña muralla interior tras la cual cree poder existir y desde sus torres solitarias acecha, angustiado, quién viene, quién habla. Así pues, su acecho del otro, del extraño, de la persona ajena, le impide vivir con los suyos. En el camino a casa cuando, después del colegio, mamá y yo remontábamos las alturas de Niza hacia la avenue Mendiguren y el pequeño piso donde vivíamos, Lago y yo, como Josué en plena batalla, queríamos haber gritado a Dios: ¡Que el sol se detenga, que la luna se detenga!, mas las únicas palabras de mamá, rituales, consistían en preguntarme si tenía hambre cuando pasábamos por delante de la panadería pastelería de la esquina de nuestra calle. De ese modo, Lago y yo no habremos conocido nunca la autoridad de una madre, sino OTRA MANERA DE AMARLA, desconocida y que jamás he dejado de buscar en mí, con la creencia eternamente intacta de encontrar un día ese lugar donde habría sido posible amarnos como las demás familias, conforme a la cándida representación que teníamos de ese amor. Y precisamente esa creencia siempre decepcionada y renovada me hizo querer a mi madre de otra manera. Podría haber sido ella una maravillosa *Fair Lady*, y creo que vivió albergando este sueño: convertirse en una gran señora, conocer, como ella decía, *la buena vida*. Pero durante toda su existencia siempre le faltaron el decorado y las palabras que acompañan a esa vida. Hemos vivido juntos en esa ausencia o esa espera de una jubilosa entrada en escena

indefinidamente retrasada.

¿Podemos olvidar lo que desde siempre hemos estado buscando sin haberlo encontrado jamás? ¿Olvidar lo que jamás ha sido un recuerdo para nosotros y que, sin embargo, nos requiere como una presencia desconocida desde el pasado? Es así como a veces volvía a pensar en Ojos Negros. ¿La había perdido? ¿La echaba de menos? Mientras crecía, me preguntaba acerca de su identidad supuesta, de la realidad de nuestro encuentro, de nuestros juegos. ¿Había existido realmente? No la buscarías de no haberla encontrado. Me topé, andando el tiempo, con esa extraña fórmula de san Agustín, retomada por san Bernardo: *Nemo te quaerere valet nisi qui prius invenerit*, nadie es capaz de buscarte si antes no te ha encontrado. Sería mejor traducirla así: nadie tiene la fuerza (*valet*) para buscarte si antes no te ha inventado (*invenerit*). La invención del otro será la gran cuestión de mi vida.

Paralelamente, de esta historia debería haber aprendido poco a poco que el amor no puede esperar otra cosa que aparecer y desaparecer, como ese pequeño faro parpadeante que, sin ley ni razón, guía en altamar a los barcos de nuestras existencias al borde del naufragio,³ y reconocer que el mar no es menos bello a nuestros ojos por el hecho de saber que a veces los barcos zozobran y que entonces cada vez nos resultará más difícil comprender lo que se quiere de nosotros, en lontananza, allí en las costas. ¿Eran llamadas de socorro, señales de protección o amenazas, luces de raqueadores de pecios? Somos capitanes Nemo naufragando en el olvido a veinte mil leguas de profundidad para escapar de nuestras infancias heridas, que parpadean a lo lejos sobre la tierra que hemos abandonado por uno de esos actos fallidos que acostumbramos a cometer, creyendo alcanzar otras tierras, otros amarraderos. Sí, de noche el amor puede reaparecer, pero es entonces la señal de que algo en quien lo vivía está muriendo. Algunas películas antiguas de cine negro tienen un desenlace de este tipo: el amor tan esperado vuelve, pero su novedad arroja una luz cruda sobre su cadáver, que no queríamos ver. O al contrario: el cadáver de ese amor del que no lográbamos desembarazarnos (en un estanque, en un incendio, en un agujero) señala la puerta que se abre a la vida, pero con

la conciencia de que el desmentido de un muerto, aunque éste sea el amor, es siempre difícil de obtener.

Durante mucho tiempo, inquebrantablemente creí que no envejecería. Intentaba comprender de dónde venía esa posibilidad que yo vivía como una imperfección. UNA TARA. Tenía la impresión de ser siempre más joven, más inmaduro que cualquiera de mis interlocutores. Hoy creo que ese extraño sentimiento, que me violentaba delante de los demás y que, en ocasiones, me sigue atenazando todavía, procedía de la luz perdida de lo que tuve con ella, Ojos Negros. Por otro lado, la creencia en la existencia de Lago me preservó de adoptar esos papeles que unos y otros asumían aparentemente con ardor, cuando no con deber. La sabiduría, el poder, el entusiasmo, los títulos, la fe, la seriedad, el trabajo, la prudencia, la violencia, la locura... Así transcurriría la vida: no encajaría en nada del todo. No sería ni creyente, ni devoto, ni ateo, ni un loco, ni un fanatizado ni un trabajador. ¿Era esto una fuerza, un refugio? Una desventaja, me dirán. Una ligereza, también. Una simple aversión a las etiquetas y a los equipos. Una relación misteriosa entre esa distancia, esa incapacidad de reconocerse en una carga, un deber o un estado, y una desobediencia original, como jamás creer en quien uno es o no abrazar enteramente lo que los demás o el mero momento presente exigen de nosotros y esperar, en cambio, otros momentos de milagrosa novedad, otros seres por venir, mesías o hadas, príncipes o princesas. Y nunca estar liberado del tormento de temer no poseer jamás la fortaleza para tomar el camino que habría querido tomar, sin tampoco nunca alcanzar a saber exactamente lo que ese camino podría haber sido. Y ésta seguramente sea la razón por la que, una noche de octubre, a mis dieciséis años, abandoné el piso familiar a las afueras de la ciudad. Fuga. Desaparición. Durante días había planeado vagamente mi partida sin imaginar que una noche sería capaz de dar el paso. A la infinita virtud unificadora de ese amor imposible que es el amor familiar le corresponde una infinita separación que trazamos una noche, una vez que nuestros padres se han dormido, al llegar a una estación desierta para, de un brinco, subirnos al primer tren nocturno. Con dirección a ninguna parte. Duermevela en un compartimento lleno de soldados rasos de servicio hediendo a tabaco y a tedio. Todavía no nos han revelado cuál será nuestro destino, digan lo que digan.

De adolescentes, en el instituto pasábamos las tardes discutiendo sobre naderías, fumando porros mientras soñábamos con partir y escrutábamos en la mirada del otro un primer remordimiento fraternal, contándonos imaginarios líos de faldas, así como pequeñas leyendas medievales o historias santas que nos condenábamos a creer. Pero, a diferencia de la edad adulta, incluso torturados, atados a una rueda, quemados o ahogados, nunca habríamos renegado de ellas, de aquellas historias inventadas en forma de milagros, como para no tener que confesar que sólo éramos unos jovenzuelos y que la pasión no siempre era una gracia, sino que la existencia, ya entonces, era una fiesta artificial cuyo fuego tan sólo ardía en nuestra mirada. Con la vana esperanza de que alguna cosa surgiera y lo salpicara todo. Olvidar que teníamos que morir, olvidar que éramos culpables y que estábamos a merced del azar. Que la existencia, en su banalidad misma, era un peligroso viaje, pero cuyo peligro mismo nos parecía oscuramente preferible a cualquier promesa de porvenir feliz.

No debo permitir que Lago desaparezca de mí, aun cuando hoy ni siquiera puedo esperar volver a encontrarlo como antaño en mi cuarto de niño. Él era ese ser invisible que aguardaba pacientemente cuando el otro que vivía en mí rugía de tedio o de pereza. Lago era el que estaba curiosamente al lado de los acontecimientos y se había instalado en mi memoria. Hacer o actuar, eso a él le daba lo mismo. Cuando, con envidia, imaginaba a los demás a mi alrededor afanándose, pensando, comprometiéndose, yo me quedaba inmóvil, bajo el influjo de Lago, con esa tranquilidad propia de algunos asesinos de los que preferimos pensar que son inofensivos. ¿Había habido un día uno? Un primer día que habría conducido por primera vez al primer mañana. En cuanto hay un mañana, las cosas se nos escapan, se desajustan, suceden. Pensaba en esto al pensar en Ojos Negros. ¿Cuál fue la primera vez? Lago era ese que, dentro de mí, se pasaba el tiempo soñando con cosas que aún no habían sido concebidas. La luna o el sol que, tal y como he descubierto hace poco, no aparecen sino al cuarto día en el relato bíblico de la Creación, aun cuando los tres primeros días conocieron cada cual una noche y una mañana. Un enigma que estudiaron los maestros del Talmud y el gran Orígenes. Primero, hubieron de transcurrir tres días sin luna ni sol, sin estrellas en el firmamento. ¿Por qué? Los antiguos no necesariamente asociaban el día y la noche con la acción de los astros. Y eso que los propios astros fueron poderosos ídolos para esas grandes civilizaciones de Egipto o de Mesopotamia que oprimieron al pueblo de Judea. Ahí, en ese antiguo relato, de pronto los astros se volvían secundarios. Y transcurrieron tres días en los que lo único que gobernaba el día y la noche era el amor del Creador. ¿No es ESE TIEMPO ANTERIOR A LA CARRERA DE LOS ASTROS lo que secretamente constituye el objeto de nuestra nostalgia? Un día puro. Una noche pura. TRES DÍAS ANTES DEL SOL. Sigo sin alcanzar ese cuarto día en que los astros gobiernan la noche y el día. Me he quedado en esa creación de los tres primeros días sin luna ni sol, pero en los que ya crecen la hierba y los árboles, y se distinguen las aguas de la tierra. Imagino esa pradera nueva sin estrellas, esa sombra verde de la pradera iluminada por ningún sol. Unos días que transcurren con noches sin luna y días sin sol. El tiempo como un lago sin reflejo. No, jamás he salido de esa pradera

de los tres primeros días, todavía ajena de la autoridad de los astros,
y de los ídolos.

Al igual que los magos primitivos, sólo tengo recuerdos principalmente de objetos animados: un Renault Dauphine, rojo granate de 4 CV a cuyo volante la tía Jeannette se santiguaba con gratitud cada vez que lograba maniobrar. El Renault Dauphine conoció una gran popularidad en la Francia de los años cincuenta y sesenta. La tía Jeannette había consagrado el suyo al Señor, adornándolo con una medalla de san Cristóbal que, suspendida del retrovisor interior, representaba a un personaje poderoso y barbudo, vestido con un mero taparrabos de piel y que llevaba en equilibrio directamente sobre su hombro desnudo a un niño severo, casi adusto, con una cara que pedía a gritos un bofetón. Mucho más tarde, decepcionado, me enteraría de que era el niño Jesús. Decepcionado porque no quería imaginarme que Cristo hubiera sido niño, como yo, un rabieta tristón, que hubiera tenido que sufrir, como yo, la desgracia de ser un niño condenado, entre otras cosas, a no sentarse jamás en el asiento delantero de un automóvil nuevo o a comer en horarios fijos un horrible gratinado de endibias. Y a la vez, ese ridículo niño de la medalla de plata, que se balanceaba siguiendo los movimientos de la sinuosa carretera, había acabado hipnotizándome. Nos protegía, me decían. Así pues, durante mucho tiempo identifiqué al niño Jesús con el coche de cuatro plazas de la tía Jeannette: templo móvil de tracción trasera, AUTOMÓVIL TEÓFORO. Un máximo de ciento diez kilómetros en el contador. El Dauphine ofrecía así en aquel entonces un compromiso de elegancia y de confort con un aire familiar de niño todavía regordete, con faros bien redondos y llantas estrella. Para justo después de la misa, llevábamos en el maletero las bolas de petanca, el balón de voleibol y la cesta para el pícnic, así como los zumos, para subir, como decía la tía Jeannette con la desenvoltura de un piloto de *rally* defendiendo los colores de la escudería de la Santa Iglesia católica, a Saint-Vallier-deThiey, en lo alto de Grasse, por el camino de Napoleón. Y pasábamos allí, en la gran pradera de aquella aldea provenzal, un domingo idéntico a todos los demás hasta casi el mínimo detalle, según una liturgia de placeres autorizados jalonada por toques de atención: vístete, que vas a coger frío, estás sudando. No comas tan deprisa. No pierdas el balón como el

domingo pasado. Esa mujer devota, de generoso escote, era divertida, alegre, nerviosa y, a la vez, tiránica como la hijita única que fue siempre, de luto por una hermana gemela. Conductora temeraria, se dirigía jovialmente a su automóvil en mitad del tráfico: ¡VENGA, A VER SI CIRCULAMOS! ¡DIOS MÍO, QUE NOS MOVAMOS! ¡ALELUYA! Católica, se había fabricado un dios de amor severo que debía velar por ella y su pequeño mundo ceñido por las fronteras del jardín familiar y por la manzana de casas del barrio. Incluso en esa angosta tierra prometida con trazas de jardín baldío y con un dormitorio transformado en capilla ardiente desde la muerte de Joseph, su marido contable, lleno hasta los topes de objetos inútiles y piadosos, la tía Jeannette creía que había recibido enteramente su parte correspondiente de misericordia divina. Con la herejía de los simples, dotaba de un alma cristiana al menor objeto acumulado, algo que nos conturbaba y acentuaba la impresión que ella daba de ser una conmovedora bruja, con sus enormes moños negros coronando su cara mofletuda, a menudo sudada, ridícula y encantadora, que se ajetreaba en un decorado atestado de crucifijos y ángeles de yeso pintado, de medallas milagrosas y de imágenes piadosas. Entre sus «hijos», como llamaba a las almas de su purgatorio terrestre ella, que jamás había podido tener descendencia con Joseph, estaba Claude, el *bambi* tuerto de peluche al pie de la cama conyugal recubierta con una vieja colcha de ganchillo; estaban los dos cisnes blancos de plástico, Gérard y Robert, que flotaban en el diminuto estanque de su minúsculo jardinillo, comprados en el bazar del boulevard Carnot, nuestra caverna de Alí Babá. Y, bien vivitas ellas, sus dos tortugas acuáticas, Catherine y Rosalie, en su bañera, así condenada y transformada en acuario, a las que alimentaba con carne picada, hojas de lechuga y gambas descongeladas que se descomponían lentamente en el agua cada vez más turbia de la bañera, agua que sólo rara vez cambiaba: un par de veces al mes. Criaturas que, una vez que la tía Jeannette, aquejada de un galopante alzhéimer, hubo ingresado en una clínica y dejado su guarida, su cueva encantada, acabaríamos regalando al Museo Oceanográfico de la ciudad en vista de lo mucho que habían crecido ambos reptiles. De niño, había días en que imaginaba a la tía Jeannette flotando desnuda en su bañera con sus tortugas, Catherine y Rosalie: visión turbadora, vagamente excitante, que surgía cuando tenía que besarla en sus mejillas regordetas, de un rosa que tiraba al amarillo y recubiertas de un ligero vello que el sudor perlaba tanto en invierno como en verano. ¿Acaso en aquel entonces dudaba yo de su amor?

No. ¿Del mío por ella? De lo único de lo que debí de dudar fue de que hubiera diferentes amores posibles, algo que reforzaba mi sentimiento de culpabilidad e incompreensión, así como una afectuosa repugnancia al besarla. El amor también estaba ahí, paradójico y como enemigo de sí mismo. Incluso en nuestro propio error de juicio. Y todavía hoy siento, al cabo de los años, que los muñecos chamánicos de la tía Jeannette dejaron una huella viviente en mi corazón, como si fueran la presencia visible de una leve locura disfrazada de fe, ¿o acaso al final no es más que eso?, y que, lejos de ser descorazonadora, depositó en mi corazón un granito de alegría, algo de la fantasía melancólica de las ferias y de las tómbolas adonde, apretando una moneda de cinco francos extraída del monedero de mi madre, iba a probar suerte lo mismo que otros tentaban al diablo, con la descabellada esperanza de ganar uno de esos horrendos osos de peluche azul o rosa que para mí representaban la simbólica presencia de una protección posible que no fue ni natural ni sobrenatural. La fe, dijo Pablo, es la visión de las cosas invisibles. ¡Cuántos corazones vacíos y locos intentan, de un modo desmañado, hacer visibles esas cosas, quizás para ellos inaccesibles, a través de pequeños objetos de amor, sustitutos y amuletos con los que religiosamente pueblan su universo desierto!

La tía Jeannette era una voz. Un sonido plañidero. Toda fórmula, toda petición, cada comentario cotidiano en la conversación salía de su cuerpo por un efecto de ventriloquia que irresistiblemente nos hacía pensar en la presencia de otra mujer dentro de ella. La voz tendía a los tonos agudos, de manera que transformaba la menor palabra en un gemido de una insoportable dulzura. *Oh, mis pequeños, qué contenta estoy de teneros conmigo...* Dudábamos entre el quejido y el júbilo. Era indecible. Una suerte de melopea de mendiga quejicosa en las aceras: *Buenos días, por favor, por favor, buenos días...*, pero en un cuerpo de mujer saludable, oronda y enérgica, a quien no le faltaba de nada, reconocía ella vigorosamente mientras alababa el CIELO, A DIOS GRACIAS. ¿De dónde podía realmente surgir entonces esa voz gimiente, chillona y parsimoniosa que ponía para deshacerse en incontables amabilidades que esperaban reciprocidad por nuestra parte? *El cordero pascual está delicioso*, decíamos, comprendiendo que teníamos que agradecerse. ¡*Oh, ya puede estarlo!*!, suspiraba al punto la tía Jeannette con una sonrisa de víctima consentidora a quien acaban de arrancarle sus últimas uñas.

Tres hermanas: mi madre, la más joven; la tía Jeannette, la mayor; y la hermana mediana, Marie-Thérèse, soltera que se había quedado con su madre y había descubierto en mí de inmediato, eso creo hoy, a ese otro personaje, OH, LAGO, a quien hablaba con esa lengua inolvidable, intraducible, con la que algunos adultos tiernos y solitarios, a menudo célibes, consiguen apaciguar a la infancia reconociendo sus dobles y la hechizan a pesar de, o en razón de, su propia melancolía y de su incapacidad para volver a la realidad del mundo. Una lengua cuyo uso no consistía en comunicar ni en hacerse comprender, sino únicamente en penetrar en un universo paralelo, menos agresivo, menos decepcionante. Un pequeño teatro infantil de viejas canciones, de recetas de felicidad, de pequeños santones de yeso que solamente se animan en nuestra imaginación y donde el escultismo novelado y ambiguo de la serie de novelas de Serge Dalens, *Prince Éric*, hacía las veces

de metafísica dudosa: pantalones cortos de piel, las piernas al aire, hogueras de campamento, promesas y juramentos, y la corte del rey Arturo reciclada a modo de moral de medio pelo, rancia y patriótica de antes de la guerra. En cuanto maestra de acontecimientos y lugares, Marie-Thérèse desempeñó para nosotros el papel de una Mary Poppins eternamente solterona, deliciosa y generosa, extraviada entre los demás como en uno de esos belenes vivientes que tanto le gustaban, pero cuya existencia misma, enteramente transcurrida junto a su madre y empleada en contener la santa energía agotadora de su hermana mayor, nos dejaba la indefinida sensación de una esperanza perdida, de otra vida a fin de cuentas posible y accesible, pero que ella se había prohibido a sí misma. Cuentan que Electra ya no buscaba a Orestes, mas lo seguía esperando a pesar de creer que él ya no existía, que en ningún rincón del mundo nada había que fuera Orestes, nadie a quien pudiera reconocer como el ser a quien ella habría esperado. Marie-Thérèse había sido esa pequeña Electra de la posguerra, rubia, modesta, incapaz de alcanzar su deseo y que se había inventado una vida de espera, se había inventado un Orestes imaginario e incestuoso, hermano o esposo, al que nunca reconocería, puesto que jamás se le había aparecido. ¿O debemos imaginar que las vidas se desgastan a la espera de otro ser que éstas no querrán identificar jamás? Estaba, desde luego, el señor Poivre, librero de profesión que regentaba la pequeña librería católica de Cannes, cerca del puerto viejo, en la que Marie-Thérèse trabajó cerca de cuarenta años. Ni ardientes lágrimas ni declaración. Ningún deseo furioso de dejar huellas dolorosas. Una vida retirada del siglo suspirando casi por necesidad, entre las estanterías de libros piadosos, de novelas edificantes, cerca de su patrón, ese hombrecillo esmirriado, de voz estridente y tocado con una peluca negra hecha de pelo auténtico teñido. Y homosexual. El señor Poivre. La dulce tragedia de semejante existencia fue haber creído, o fingir haber creído, que la existencia tenía una finalidad secreta. Pero precisamente porque la existencia no encierra ningún fin es por lo que aquí abajo ésta constituye la única finalidad, a veces con el aspecto de un señor Poivre, hombrecillo distante que se pasó toda la vida deleitándose maliciosamente en pronunciar palabras obscenas cada vez que se celebraba una boda en la catedral, frente a su librería, lanzando entonces una mirada satisfecha y cruel a la pobre Marie-Thérèse, empleada enamorada.

Lago, a quien hablaba durante horas por la noche, se parecía a la vez a mi padre y a mi madre por razones diametralmente opuestas, pero cuya contradicción, debo confesar hoy, fue incluso, creo, la única razón de su amor, de su fusión. La calma de mi padre correspondía a un viejo aguante a la manera de Chaplin, salvado de la dureza por el ridículo asumido como una armadura de cómico caballero errante, pero estático: plantado a la espera de su último combate hipotético bajo la lámpara del escritorio, donde se pasaba días enteros leyendo indistintamente, mas con la misma aplicación estudiosa, libros de Montherlant, de Paul Valéry, novelas históricas sobre la civilización cátara o novelas policíacas populares, Bob Morane o la serie de novelas de espionaje S.A.S. Durante mucho tiempo lamenté no tener los ojos verdes con vetas doradas como esos héroes fáciles de la acción y la conquista erótica. Y, por el otro lado, estaba la melancolía extenuada de mi madre, que se quejaba con regularidad de no salir nunca y que, una vez fuera, de paseo, de compras o de excursión, estaba espantada o simplemente atediada, molesta por algo de la realidad que la atraía y le repelía. Era por culpa de las demás mujeres, demasiado pintarrajeadas, del sol que caía y de la lluvia que amenazaba, de la carestía de las cosas, de las calles que habían limpiado mal... Como si aquella hermosa joven aspirara a tantas alegrías y placeres que hubiese retrasado eternamente el momento en que ella misma aceptaría concedérselos. Una suerte de período probatorio que jamás llegaría a su fin. Y como si el alma nunca se sintiera presta a recibir la visita personal de la alegría por ser tan alto, inaccesible, el grado al que elevaba en sí todas esas pasiones indirectas que la inflamaban y la mantenían por debajo de su propia existencia.

La infancia es un reino, dicen. ¿Qué sucede allí? Una tierra perdida. Tanto nos esforzamos, con una aplicación estudiada y cruel, en hacer las maletas en cuanto llegamos a cualquier parte que ya nadie sabe qué sucesos han ocurrido. Y esto es, creo, lo propio de la infancia. Haced el experimento, buscad con verdadera atención vuestros recuerdos de infancia: al cabo de unos minutos tendréis la impresión de extraviaros, de repetir los mismos nimios recuerdos ya conocidos, o así supuestos por vosotros, pero habréis avanzado, sin embargo, durante cada fracción de segundo de ese tiempo consagrado a ensoñar vuestros años de juventud, habréis avanzado hacia otra dimensión más misteriosa: la de un tiempo que no ha sido vivido, sino atravesado de lejos, como a bordo de un vehículo rápido y con la nariz pegada a la ventanilla para ver desfilar unos paisajes que nunca tendríamos tiempo de describir, y menos aún de adentrarnos en ellos. Unos ensueños que siempre lo serán. Mas ninguno de esos ensueños se pierde nunca. Por más que intento averiguar lo que pude conocer con Ojos Negros, si ella me había conducido a solas a los dormitorios desiertos, si me había amado como supe, mucho tiempo después de ella, que una mujer podía amar a un hombre, tengo la sensación de perderme en un laberinto oscuro. Para ser franco, YA NO ME ACUERDO DE NIZA. Contaba con volver allí, actuar como quien vuelve al escenario, si no del crimen, al menos de su pasado. Pero eso no funciona. O más precisamente, la única figura de nosotros mismos que reencontramos al hacer este esfuerzo es la figura de quien no ha logrado volver. Y ése es también el sentimiento, luminoso pero lacerante, que he experimentado cada vez que he tenido que volver a ver a alguna de las personalidades de mi infancia. A mis propios padres. No los vuelvo a ver sino en aquella casa extraña, reveladora, de un tiempo perdido para siempre y que yo no habría conocido. Como Ulises, me gustaría entonces echarme un pesado abrigo por la frente para esconder las lágrimas que perlan mis ojos. Pero ningún aedo canta delante de mí. No alcanzo a oír nada del pasado. Veo, ante todo, su ausencia hoy, el agujero que hace en el presente fastidioso que nos reúne varias horas, varios días. Cuando hacía bueno, Ojos Negros estaba autorizada a llevarnos al jardín del *Château*.

Yo la deseaba aún más a la luz natural entre los demás niños. Sin embargo, esos paseos y esos juegos al aire libre adquirirían para mí el sentido de una procesión ritual, de un sacrificio por cumplir. Ojos Negros no me prestaba atención. Seguramente exagerara su indiferencia para no levantar sospechas, para evitar que yo pareciera (lo cual era el caso) su niño favorito. Me ignoraba. Yo debía aguardarla, lo sabía y me había preparado para ello. ¿O acaso he de ser franco hoy y pensar que había soñado por completo nuestra relación clandestina? ¿Puede que se tratara de uno de esos fantasmas infantiles que habitan la existencia de las ensoñaciones? ¿O acaso había interpretado los interrogatorios, los comportamientos a veces inquisidores de quienes tenía a mi alrededor, a la luz del mismo pensamiento, como si, indefectiblemente, fueran la prueba exterior de los sospechosos ardides que nos traíamos entre manos ella y yo? No puedo negar que el recuerdo me vino a la memoria vivo, intacto como un acontecimiento nuevo. Fue hace unos años. Como si, de repente, una portezuela secreta se abriera, una a la que jamás habíamos prestado atención hasta ese momento. Y bruscamente vuelve para obsesionarnos. Del mismo modo, no puedo volver a ver el retrato de la Gioconda, por ejemplo, sin pensar en ese estudio de la Gioconda desnuda, de busto generoso, denso, que realizó Leonardo da Vinci antes de dicha obra; estudio que se puede descubrir hoy en el museo Condé de Chantilly y que no vi sino en la edad madura. Pero ese desnudo se convirtió para mí en el recuerdo del azoramiento que me había arrebatado ante el célebre cuadro de Leonardo, aun cuando yo a la sazón no imaginaba que pudieran existir tales estudios preparatorios, más hermosos y sobrecogedores que la obra final. Así pues, puedo decir que Ojos Negros me fue revelada por UNA SERIE DE REMEMBRANZAS FUTURAS que me brindó el acceso a lo que era insospechable. La manera en que esos besos se acompañaban de caricias insistentes no se me hizo patente al principio. No fue sino mucho después cuando pude conocer, como con efectos retardados o como la luz de los astros que nos llega en la noche del espacio solamente millones de años después de su extinción, la turbación de esos gestos a través de otros gestos ejecutados por otras personas. Sucede así con los amores místicos. Mientras no hayamos tenido contacto directo con la persona amada, no podremos apoyarnos en ningún conocimiento fundado en la experiencia ni en el recuerdo. No podremos ayudarnos de ninguna certeza. Y esta privación se muda en el combustible mismo de nuestro amor o en su motor. No sabemos si algo real se

ha producido, no se trata de creer en una realidad vivida, sino de albergar la esperanza de que algo haya sucedido. Ojos Negros, cuando estábamos a solas, sin cambiar nada en su actitud perfectamente prudente y distante, entreabría su falda delante de mí. Aun sin pretender hoy haberla visto literalmente, tengo la clarísima sensación, como si aquello ciertamente hubiera sucedido ante mis ojos, de la desnudez de aquella mujer joven, de su inexplicable sonrisa y de sus caricias; sensación construida, por decirlo de este modo, por los recuerdos sucesivos de otros acontecimientos que yo relacionaba con ella y que aumentaban así la fe en ese acontecimiento invisible.

En mi desolación, lo llamé Lago por ponerle un nombre de huérfano. Lago, es decir, esa superficie moviente y lisa bajo la cual se agitaban tanto aquella fuerza voluntariamente impotente (mi padre) como aquella energía oscura que brinda a la alegría la inhibición (mi madre), de tanto querer que no queremos nada, e indefinidamente contenida por esa inocencia de todo que acaba por hacernos denunciar la menor aspereza, la menor cosa desconocida. Sí, para presentar a Lago he de hablar así de cosas duras de las que nunca he podido hablar. Los lagos proceden de movimientos de origen tectónico, volcánico o glaciario, de los deslizamientos de tierra, de la erosión. La formación de un lago está en primer lugar ligada a la de una contrapendiente que impide que manen las aguas y a una necesaria impermeabilidad de los terrenos. El arte de la vida no es sino el arte de provocar semejantes transformaciones. Pero todo vuelve bajo una forma modificada, del mismo modo que siempre vuelve lo que se ha sacrificado, según los antiguos. Cosas que acaban siendo depositadas al fondo y sedimentadas por oscuras corrientes frías en las que viven aterradores gusanos y peces gigantes. Tal es el caso de la alegre belleza de mi madre, todavía visible en las fotografías de su juventud en la Costa Azul nizarda, que desapareció suavemente, sacrificada COMO UNA MOTA DE POLVO DORADO, y que volvió a manifestarse, casi feroz, en el alma de sus tres hijos, ya lejos.

En el momento de poner por escrito estos recuerdos, es preciso haber saldado todas las deudas, o casi. Aceptar lo que en el momento viví como ofensas. Y abandonar todo cuanto ingenuamente creí que se me debía. Y reconocer lo que le debo a Lago, mi doble, el que me hizo ver la existencia y los seres proyectándose en mi alma extendida y plana como una pantalla de cine fantásica y, en ocasiones, inquietante. Ese que me vino a la mente con el duelo de la presencia secreta de Ojos Negros. Y recordar esos encuentros inútiles y convertidos en misterios que pude tener siguiendo, sin saberlo, su estela. Incluso tardíamente en mi existencia. Todos los encuentros que tendría, como si una fuerza en mí se activara para reconstruir el recuerdo de Ojos Negros, para reactivar el fuego.

Así. Un verano en Ibiza, en un *after* en una mansión privada en lo alto de Sant Josep, conocí a Lady Sniper, una reina de los clubes que se me antojó una lejana descendiente de esas diosas cartaginesas que habían poblado la isla en tiempos remotos. Se llegaba allí después de unos diez minutos por un camino escarpado que dominaba la bahía de Sant Antoni. Una mansión moderna edificada según el hipotético modelo de un castillo infantil al estilo de Walt Disney: atalayas, almenas, pequeños torreones. Y el salón, que daba a un jardín, se había mudado en enfebrecida pista de baile, con un DJ berlinés a las pletinas, mudo y de una delgadez excepcional. La belleza de la existencia humana descendía allí al rango de las cosas superficiales y artificiales, con esa facultad de ilusión infinita que ofrecían aquellas comunidades efímeras de mariposas nocturnas que iban de éxtasis y abominaban de la luz del día. Desde mucho tiempo atrás, Lago entretiene en mí la vocación de ser anónimo, de no existir sino como un *nightclubber* más, y más bien menos informado e iniciado que el resto, pero apto para mezclarme en cualquier momento con los conglomerados sociales, durante una noche, durante un día. La pista de baile había acabado desbordándose en la piscina. Aquella chica alta y dorada de inmensos ojos negros con la que debía de haberme cruzado varias veces por la noche pasó delante de mí, eso me pareció entonces, con una arrogante gloria

de mujer distraída. No llevaba más que la parte de arriba de un bikini que desvelaba un pecho que, si no era la obra del Creador, era la de un cirujano plástico monomaniaco (pudiendo uno ser el otro, por lo demás), y un pareo diminuto, amarillo chillón que, a cada uno de sus temblorosos pasos con unas plataformas, dejaba entrever un tanga blanco con brillos del que se escapaban pequeñas matas de pelo negro. La música, un house filtrado, invadía con copos pegajosos de una nieve invisible los corazones de las al menos doscientas personas que se congregaban y se dispersaban con esa sed de las aguas que, apartándose de su curso, han abandonado su lecho de piedras para retrasar la inevitable evaporación. Una vez superada esa ilusión, la chica recobró para mí esa apariencia de hermana perdida posiblemente accesible que han tenido para mí numerosas desconocidas con las que me he cruzado en mi vida, algo que se verificó cuando aceptó, si no dirigirme la palabra, al menos sí hacerme unas señales de connivencia. Le confié, sin originalidad y con una voz pastosa, que estaba convencido de haberla visto antes. Ella, como la encarnación de una *James Bond girl* que probablemente era a mis ojos en aquel instante, murmuró: Se supone que no debería estar aquí, pero chis... Me fio de ti. Entonces ya no vi más que su presencia electrizada, rubia medio desnuda. Promesa encarnada. Esa imagen de chica era como un grito de todo el ser. El Espíritu soplaba donde quería. Siempre me ha gustado que cierta vulgaridad linde así con el equilibrio de una gracia vislumbrada en la mediocridad. Deslizándome por un parqué pringoso, seguí a Lady Sniper hasta la barra, por la que fluía tanto champán como en las copas. Ella tenía hambre. Me cogió de la mano gritando: ¡Oh, esto es genial, hay una máquina de perritos calientes! Asentí, con entusiasmo, de súbito presto a compartir con ella la menor ocasión para maravillarme. Entonces estaban poniendo en bucle «Can You Feel It», de Larry Heard y el grupo Fingers Inc. La pequeña multitud se animaba, se agitaba, carburaba con sustancias ilícitas. Había hecho un juramento solemne a Lago: me enamoraría sistemáticamente de cualquier chica que me dirigiera la palabra, aunque sólo fuera para pedirme, de un modo apenas cortés, que le pasara la mostaza para su diminuto perrito caliente. O precisamente por esa razón misma, cuya fría banalidad a mi parecer transformaba la exigua dosis de mostaza industrial *made in Dijon* en un grial precioso repentinamente reconocido por ella y por mí. Iniciaba yo una operación de seducción con lo requerido de preparación minuciosa, de construcción ultrarrápida, y de caos a la vez, de copas volcadas y rotas, de palabras estúpidas, de movimientos

erráticos que rayaban en el desastre. Después de haberme dejado acariciar sus sofisticadas formas y repetido algunas inaudibles palabras ardientes, Lady Sniper me presentó a un tipo alto y canoso que calzaba mocasines, vestía una camisa blanca con un pantalón corto de fantasía y lucía unas gafas negras tocadas con un enorme emblema de Dior, cosas todas ellas que al punto le envidié. Se mostró atento y preocupado por que yo estuviera a gusto. Pero su mirada obró el efecto contrario. Me examinó atentamente sin perder una vaga sonrisa publicitaria que pretendía ser encantadora. Me sirvió una copa de champán en la que derritió un minúsculo comprimido rosa y me exigió cortésmente que vaciara la copa de un trago. Acaté su orden como si de forma deliberada me hubiera entregado a él. HECHO PRISIONERO, aunque fuera conforme a mi voluntad. Yo era Sansón ofrendado a una rubia Dalila que de pronto se escabullía para dar paso a un perturbador carcelero. Había confiado mi secreto, y es imposible ver en el presente cuál era ese secreto, pues el objeto de nuestro deseo nos salta a los ojos y ya no tenemos ojos sino para él. Por lo demás, los dos me llevaron con firmeza hacia una de las habitaciones de la lujosa mansión asaltada por aquella pequeña multitud. Sentí que me deslizaba en un mundo flotante que no exigía esfuerzo ninguno. Con los dedos entumecidos y temblorosos, habría querido retener un pedazo de aquella manzana de amor caramelizada,⁴ falsa rubia reluciente, gran consoladora que aplaca desde un vago dolor hasta la última negrura glacial de esa fructificación a cualquier precio que suele buscar el deseo masculino. No había comprendido nada, no había visto venir nada. No recuerdo cómo, debí de sufrir en la cama los asaltos del hombre, animado por Lady Sniper. El desconocido de las gafas de Dior, que decía ser un hombre de negocios, me hizo brutalmente el amor, y así fue como conocí, con la ayuda de una crema de noche *intense hydratation*, un segundo desvirgue que soporté igual que esos desesperados que rezan a Dios apretando los dientes, pero con la sensación de estar sometiéndome a una prueba sagrada de renuncia que a veces conocen los vivos. Pensé que Lago tampoco habría entendido nada, que habría seguido suplicando en silencio, como en el pasado delante de las chicas del instituto cuando yo aún no había cumplido quince años, que Lady Sniper me quisiera bien y que asimismo habría imaginado que ella se casaría conmigo, quienquiera que ella fuera. Pobre amor ibicenco. Más tarde, volví a encontrármelos a los dos, después de que me hubieran abandonado a mi suerte,

entregados a un boca a boca, ella dándole cachetes en el pecho y pegando sus labios a los de él. No me vieron o no quisieron verme. El mundo a mi alrededor se derrumbó, hecho pedazos por ESA IMPOSIBLE BENDICIÓN. Sentí entonces una risa que me invadió con un sentimiento de ridículo. Di lo que sea y lo entenderé. ¿Era yo quien reía?, ¿ellos?, ¿o alguien más testigo de mi infortunio?, ¿era una alucinación? La risa me infundió ánimo y disipó la frustración de ese algo que yo había creído que me pertenecía para dar paso a un vacío acogedor, con un sentimiento de desequilibrio, de alivio sin objeto. En el micro alguien lanzó un llamamiento urgente para el propietario de un Chevrolet Corvette crema que entorpecía la circulación de la entrada de la mansión. El DJ pinchaba en aquel instante una versión tecno en bucle de «Take Me to the Church». En ese momento, la mayoría de la gente hablaba febrilmente de encontrar un *after* para el *after* en un restaurante club de Sant Josep. La mansión, que había acabado agotando sus encantos, se iba vaciando lentamente antes de que la Policía, a la que habían avisado unos vecinos desagradables o algunos envidiosos que no habían podido entrar, viniera a aguar la fiesta. Me quedé a solas un momento al borde de la piscina, en la que flotaban envoltorios de medicamentos y condones multicolores. Durante un buen rato contemplé, sin verlas, unas enormes orquídeas verdes en el jardín que se me antojaron representar todo aquello a lo que podría haber accedido. Aquello no estaba dando ningún fruto, como sucede con un sueño que no recordamos. Finalmente, al alzar la mirada frente a mí, me sumí en un embelesamiento, estulto pero liberador, con las estatuillas pintadas de enanitos que andaban desperdigadas por el jardín.

Oh, puedo oír nuestras voces de vivos iracundos. Puedo oír el silencio del tiempo pasado susurrándome: ¡VUELVE!, ¡VUELVE!, preguntándome cómo y porqué quise abandonar los lugares, a las personas. La noche se desvanecía. Volvía la luz, pero me sentí como ese Príncipe que ha perdido la tierra de sus antepasados y la corte del mundo, sin esperanza de recobrarlas. ¿Qué era aquello que había dejado por llevar a efecto y que debería haber emprendido? Pero no, nuestras ascensiones y nuestras faltas nos llevan a trocar todo suceso ocurrido en un objeto de nuestro deseo, a desear que todo lo que se ha producido efectivamente se haya producido, y nada más.

Mucho tiempo ha pasado y se vuelve difícil hablar de ello. ¿O es al contrario? Hablar de ello sería la firma del tiempo perdido. Sé lo que es ser joven. Lo sé por haberlo sido. Pero siento que él, OH, LAGO, dentro de mí, nunca ha sabido lo que es envejecer. No, Lago, tú no has envejecido, desapareciste antes. Sé lo que es ser joven, por haberlo sido, y tú, que también eres yo, nunca sabrás lo que es envejecer. Te sentí desaparecer suavemente como un niño mayor a medida que crecía, dejándome descontento, hambriento. Tengo la sensación de nunca haber regresado a la infancia del todo. Algunas noches te ruego: Vuelve. Respóndeme. Te ruego con el terror que ahoga el corazón que se sabe por siempre niño y a quien, sin embargo, la infancia siempre se le ha manifestado como una fiesta eternamente denegada. Creo saber lo que significa ser diferente. Pero de niño, finalmente, eso se perdió, se disolvió. ¿UNA MERA CITA A LA QUE FALTÉ? Ya no lo sé. Aunque para nosotros no exista nada más que la vida aquí abajo, aunque el instante de la muerte no nos aporte nada nuevo, seguiremos esperando al niño que nunca fuimos perfectamente: el niño del que nos sentimos mutilados, ese a quien las tres hermanas W., de las que una se convertiría en mi madre, intentaron mantener vivo a cualquier precio ante las decepciones, las dificultades de la Historia. Prodigaron al niño tantos cuidados torpes que, al cabo de un sinfín de días, cuando llegó una carta del Tiempo, no debieron de tener la entereza para abrirla y leerla. De haberlo hecho, sigo imaginando hoy en día, ellas mismas se habrían diluido en el espejo de sus propias ilusiones. La infancia resurge así en mi vida con la regularidad de un reloj antiguo abandonado que, a horas insospechadas, anuncia el momento de atravesar los espejos. Es un fantasma viviente. Pero no me estoy adentrando en ningún túnel, en ningún mundo imaginario cuyo suelo haya pisado. Simplemente, al cabo de años y más años, vuelvo a hallar en mi boca el sabor de un abrigo azul, el de mi madre en el pasado, cuando yo no era más que un chiquillo, ese abrigo en el que hundía mi rostro aspirando como un ahogado el perfume perdido de un rarísimo oxígeno: un abrigo otoñal, recto, que le caía justo encima de la rodilla, con una cremallera y corchetes, así como una piel falsa de color blanco en el cuello.

Mi madre lo llevaba con esa singular gracia de las jóvenes de los años cincuenta, que ya apenas se ve salvo en las viejas películas de aquella época, de Alfred Hitchcock o de Frank Capra, un algo perdido entre la coquetería y la impresión vaga, pero refrescante, de transgredir una compostura necesaria. Gracia cinematográfica de esas mujeres que no habré dejado de encontrarme. Su elegancia, como la de una mano enguantada, despertaba la sospecha de salir de viaje, de una desaparición precipitada. Alguna vez he seguido a mujeres en la calle pensando entrever sobre sus hombros ese abrigo azul que me hizo creer en la alegría de ser niño al lado de mi madre y que me hacía temer su desaparición.

Hombres y mujeres se adentran dando torpes pasos en la vida. Por más que busquemos, nadie nos ha dicho que entremos. Y fue ante una puerta apenas entreabierta como tuve que volver afrontar la infancia, una vez ya adulto, aquella tarde en la que, con conocimiento de causa, recogí, en el exterior de la cárcel en la que yo daba clases, un misterioso paquete envuelto en papel de periódico, ante la insistente petición de un jefecillo del pabellón B, que se apasionaba como yo en el estudio de las tragedias de Corneille. Tenía que entregar aquel curioso paquete mal atado en un pequeño apartamento de un inmueble detrás de la place de Clichy en París. Cinco plantas retorcidas sin ascensor y una iluminación vacilante. Puerta izquierda. Golpeo la puerta. No llames al timbre, me habían dicho. Ésa era la contraseña. La puerta se abre lentamente y veo aparecer a una niña de no más de ocho años. Dos ojos azules como el azul de aquel lejano abrigo de mi madre y una mirada inquieta que, de manera indirecta, habría de sufrir las extrañas consecuencias de mis sueños: una de esas niñas convencidas de que no les gusta dormir porque un día alguien, para meterles miedo, les habrá dicho que había un monstruo debajo de la cama. Tengo que entregar esto, le digo mostrándole el paquete, es de parte de G. Ella clava en mí su mirada atentamente y, sin decir una palabra, tiende la mano para coger el paquete. Y todavía en silencio, vuelve a cerrar la puerta. Oigo el cerrojo deslizándose. Ya está. Misión cumplida. Y me quedo allí sin moverme. No bajo las escaleras hasta después de un buen rato. No he vuelto a ver a aquella chiquilla, aunque desde hace años suelo pensar en ella. En sueños vuelvo a ver sus ojos azules de niña. Oigo una voz que secamente me pregunta: ¿A qué esperas? Pensé, OH, LAGO. Habría deseado tanto que ella me dijera: ¡Entre!, con suma amabilidad y sonriente. Pero detrás de la puerta de un piso lamentable, la infancia consume su fuerza poco a poco hasta disolver su poder intacto en los abismos que abren a su paso las personas mayores. G. murió unos años después abatido por unos gendarmes con prisa por regresar a sus casas para ver el partido de fútbol, delante de un banco de Châteauroux, adonde había huido aprovechando la libertad condicional. ¿Por qué Châteauroux? Era como si se tratara de hacer real e irrisoria en el mapa

de Francia una evasión mortal. Le había preguntado varias veces si quería que volviera para entregar alguna cosa más. Aquel papel de mensajero me iba como un guante. Solamente una vez me había preguntado: Has visto a la pequeña, ¿verdad? Sí, sí... Y no había añadido nada más. Yo sabía que no debía preguntar nada: ni lo que podía contener ese misterioso paquete ni quién era exactamente aquella chiquilla de ojos azules. Y todavía hoy me pregunto: ¿quién habría avisado a la pequeña de la muerte de G.?, ¿lo habrían hecho siquiera?

OH, LAGO.

No soy yo. Era yo.

Había olvidado a Ojos Negros: lo que podíamos haber hecho y conocido juntos en el enorme dormitorio del *Château*. Era eso lo que debía de pensar. Digamos que pensaba que la había olvidado a sabiendas de que el olvido del que uno se acuerda nunca es sino la prueba de que algo fue, de que un suceso ocurrió. El olvido, el verdadero, ese que no recordaremos haber olvidado, no existe, pues nada nos vendrá al pensamiento para indicarnos que una cosa fue y que la hemos olvidado. La infancia es ese tiempo espantosamente corto. Pero hasta el final, y una vez ausente, la infancia continúa reteniéndonos como rehenes. Igual que el olvido. Lo mismo da, me diréis, volvamos y pidamos a las máquinas que calculen otro itinerario. Pero ¿dónde ha desaparecido la infancia que ya no existe?, se preguntaba ya san Agustín. La infancia no ha desaparecido. ¿Adónde se habrá ido? ¿Sí?, ¿sigue viva después de haberse separado de nosotros? Como un tiempo prohibido que se prolongara en algún lugar sin nosotros. OH, SIN NOSOTROS. El tiempo es múltiple y nunca se reduce a una transición o a un estado. Ésa es la verdadera lección de Agustín. LO UNO ESTÁ EN OTRA PARTE, más allá de las vastas praderas de la memoria. LO UNO no es objeto de nuestros recuerdos, es Él quien nos arroja en la dispersión de los tiempos, es pensando en Él como toda cosa nueva se muda en recuerdo. Una cosa que ha sido creada.

Conocí a Diane en el Mediterráneo. Lo recuerdo: llevaba unos pantalones desvaídos que me daban vergüenza cuando, para cenar, tenía que tomar asiento en la mesa de honor del comandante de a bordo. No tengo otros, le dije abochornado a Diane la primera noche. No había pensado que me invitarían. Mirada cruel despiadada. No puede ser. ¡Habría que buscarle unos en la primera escala! Kuşadası, en Turquía. Salí corriendo del barco bajo un sol de justicia para recorrer las incontables tiendas del gran bazar que se extiende desde el puerto hasta los contrafuertes de las colinas. A VECES LA VIDA LLEVA UN PANTALÓN DESVAÍDO. Imposible de reemplazar. Imposible encontrar, pues, unos mejores entre las montañas de indumentaria de falsos blasones de la moda internacional y entre las imitaciones de relojes, perfumes, zapatillas deportivas... *Good price! Good price!*, gritaban los vendedores mientras bebían a sorbos el café. No me decidía. Regresé a bordo, donde conservaba mi pantalón, y preferí declinar cada noche las invitaciones a la mesa del comandante, lo que al final me valió la reprobación burlona de la tripulación. Diane me turbaba. Una morenita de pelo ultracorto, sin pudor y con los OJOS NEGROS, los labios gruesos. La piel del rostro ligeramente picada. Estábamos haciendo un crucero. Diane era azafata de a bordo. Era rolliza, metida en carnes e irresistiblemente me recordaba a algo azucarado, pero desprovisto de amor. Hablábamos sin comprendernos. Por lo visto yo no era su tipo. Navegábamos de noche entre dos escalas. Ella se reunía conmigo en la cubierta después de su trabajo. Algunas noches seguía luciendo su atuendo de gala, un vestido largo ceñido de color verde con lentejuelas plateadas, manga corta y en el que palpitaba un cuerpo que me obsesionaba tanto más cuanto que el tejido estaba en algunas partes tan tenso y tan desgastado que la carne que aparecía, con las rojeces de la fatiga, tenía algo de obscuro y conmovedor que hacía que se me saltaran las lágrimas. Estábamos bebiendo en silencio uno de esos horribles vinos blancos dulzones de las islas. Se me escapaba la lengua. Qué bobo, decía mirándome mientras yo hablaba. El mar estaba negro. Una noche logré preguntarle si ella también tenía a veces ese sentimiento de poder abandonarlo todo y quedarse a vivir en

una ciudad extranjera. Hacer de una escala su destino final. No volver a partir y quedarse allí sin haberlo elegido. Última prueba de reconciliación con la vida. No volver jamás. Para gran estupefacción mía, ella sacudió suavemente la cabeza y me dio a entender lo inmaduro que era pretender aligerar así el fardo de una existencia. ¿A quién esperaba yo entonces abandonar?, ¿de quién entonces habría yo querido huir?, ¿y quién era entonces la persona que me aguardaba y cuyas preguntas cobardemente habría preferido yo evitar? No nos entendemos, le dije neciamente, estupefacto al oír a aquella chica provocadora hablando como un sabio maestro, un viejo monje. Y ella, sonriendo con ironía: No. Eso es: no nos entendemos. Puede que tal vez quisiera que cierta persecución llegara a su fin. Pero ¿cuál? Me sentí ridículo. Aquella noche Diane me condujo hasta su camarote en la cubierta inferior, cerca de los motores. Era minúsculo. Rápido, me dijo invitándome a entrar. Comenzamos intercambiando nuestros alientos con un beso que nos llevó hasta el estrecho camastro. Chocábamos patosamente contra las paredes. Tiré sin querer una maletita de ropa. ¡Qué hábil!, me reprochó Diane. Y añadió: ¿En serio, quieres? Sin responder, abrí la cremallera de su vestido y empecé a acariciarla. Me interrumpió, se dio la vuelta y, apoyándose con una rodilla en el fino borde de la cama, me presentó sus nalgas dándome esta contradictoria orden: No me toques. Tómame. Rápido. Su cuerpo serpenteaba en la oscuridad. Respiré la primera fragancia de aquel dulzor. Era tal como había leído en las novelas de medio pelo, una NIEVE ELÁSTICA Y ARDIENTE. Se puso a gritar: ¡Espera, espera! Tienes que hacer como yo quiera. Cualquiera habría dicho que estaba pidiendo ayuda, que la asustaba mi deseo, el cual iba en ascenso. Sentía su sexo ardoroso contrayéndose alrededor del mío, reteniéndome, aspirándome. Entonces oí unos pasos furtivos en el pasillo. La puerta del camarote se entreabrió suavemente. Déjalos, nos van a mirar, me ordenó Diane mientras proseguía con su danza de caderas. Giré la cabeza y sorprendí a tres marineros filipinos, con los ojos como platos clavados en nosotros. Lo absurdo de una situación puede constituir su virtud. A Diane le gustaba que la miraran mientras hacía el amor. O, para ser más precisos, necesitaba saber que su compañero era visto mientras le hacía el amor a ella: único protocolo que le permitía autorizar a su compañero a gozar, pues ella misma no hallaba su propio placer sino en las caricias impuestas. Allí donde hay necesidad con frecuencia hay coacción y dominación. Todo tipo de razones pueden urdir entre los seres humanos lazos que tengan la férrea dureza

de la necesidad. Con Diane viviría la experiencia de que uno podía buscar una satisfacción y encontrar solamente una necesidad. Lo que me excitaba no eran las situaciones escabrosas que aquella chica me impondría, sino esa necesidad a la que parecía aferrada de tenerme que humillar o de ponernos en una situación precisa que ella solita había decidido. Y fue ella quien hizo a los tres marineros la seña para que desaparecieran cuando me desplomé en su cuerpo aspirando el perfume de su nuca. Asomaron lágrimas a mis ojos. Ella misma me pareció conmovida. Seguramente habría querido preferirme a mí antes que a esos curiosos deseos de puesta en escena, pero era incapaz de eso. Esa impotencia fue el único aliciente de aquella historia. La contemplé chorreando en la ducha. Era a la vez corpulenta y delicada, como algunas figuras de ángeles antiguos demasiado gruesos, demasiado sonrientes. Capaz de una distancia y una frialdad que, sin embargo, inflamaban en mí las brasas de una pasión muda. Enseguida me sentí unido a ella por un lazo de afecto que encerraba hasta un grado violento el recuerdo enterrado de una sumisión infantil. OH, LAGO. El niño sabe que SU VOLUNTAD NO REINA SOBRE NADA NI NADIE, pero esta impotencia misma le abre las puertas de los reinos imaginarios que constituyen la infancia y por los que sentiremos nostalgia hasta la hora de nuestro final.

Difícil, al día siguiente de esa primera noche, atravesar con dignidad las crujías bajo las miradas burlonas de los marineros. No me amilané. Uno tiene el ánimo que puede. Súbitamente volví a verme expulsado por mis compañeros de un minúsculo campo de fútbol improvisado, a los diez o doce años, por no tener talento para el juego. Y devorado por la amargura, me vi subiendo la calle para olvidar los gritos tranquilos de aquel partidito entre chavales en el que yo jamás participaría. Diane había terminado echándome de su camarote sin un beso, sin tocarme un solo pelo. Puede que por la noche su mano hubiera estado posada en mi febril frente, como para aplacar la vergüenza de la situación. O simplemente para expresar que esto es lo que sucede con el placer, esto es lo que necesitas saber: ama aquello que se te escape. Una mañana me hallé, pues, frente a Filipos, desnudo, atado y encerrado en su camarote. No me acordaba de nada. Y hasta hoy no he comprendido que jamás tuve la menor voluntad de escaparme, de liberarme. Pensaba extrañamente con alivio que estaba vivo. Por el minúsculo ojo de

buey cerrado herméticamente del camarote columbré un magnífico amanecer sobre el mar. Un encuadre perfecto y triste. Mi inmovilidad forzada no me incomodaba. Seguía sin intentar liberarme. Oía los ruidos del barco, que se despertaba. La llamada al desayuno. Los preparativos de una excursión, para descubrir la ciudad antigua, en la que no participaría. Oí además que me llamaban. Diane hizo un par de apariciones en el camarote aquella interminable mañana. Con dulzura se preocupaba por mi estado, pero se negaba a desatarme. Se cambiaba de ropa delante de mí. Bebía distraídamente un té en medias y sujetador. Se maquillaba. Tenía que estar, decía, impecable durante su trabajo. En silencio, yo alababa su seriedad en el trabajo y su estricta aplicación. Luego, me rozó y me acarició negligentemente antes de volver a las crujías. Era pura belleza: una belleza no sensible que, sin embargo, no era una abstracción, sino una conmoción, como la causada por un canto mudo. Y al igual que el apóstol Pablo, que escribió a los filipenses: «Sigo sin tener nada a lo que agarrarme, sigo sin haber alcanzado mi meta y sigo persiguiendo algo, queriendo asir algo, habiendo sido yo mismo asido por Cristo Jesús», me sentía yo también asido en mi carrera inmóvil, perseguido en mi persecución sin meta. El sacramento ya no era el contacto, sino la ilusión infinita de alcanzarlo algún día: la espera del cazador que se sabe convertido en presa. Todo, todo ha de perderse para ser reconquistado.

Diane no trataba de establecer ni de instituir nada que no fuera una forma tenue de complicidad invertida asentada en la sumisión y que, en el mejor de los casos, podría desembocar en un *impasse* sin fin. Y era aquel *impasse* lo que resultaba delicioso. Ese lugar al que no se pasa. Y ese del cual no podemos prescindir. Por eso algunos noctámbulos de los años ochenta, con los que me crucé en el Palace, en París, y con los que solía matar el tiempo en mi época de estudiante, no conseguían desengancharse de la coca, no por tener acceso a un estado de gracia especial que creían superior, sino precisamente por no prescindir de ella. Había en su tedio un júbilo desesperado, la confesión de que realmente ya no se preocupaban de las leyes de la vida, de la muerte y del amor, que pasaban como infranqueables ríos alrededor de sus precarios campamentos en la existencia. Entre dos melodías remezcladas de house y dos o tres copas. A la espera de la última raya de coca, esa que nos libera del anonimato de nuestra alma: sentimiento que sólo algunos místicos conocen, cuando el alma se nos aparece, según las confidencias de santa Teresa de Ávila como «un CASTILLO TODO DE DIAMANTE incapaz de decir cómo siente en sí esta divina compañía».⁵ Ellos habían hecho de sus apariciones nocturnas, a menudo del brazo de inverosímiles criaturas salidas de una *fashion week delirante*, los únicos momentos heroicos de su ser en mitad de tinieblas artificiales. La verdad era que, una vez amanecido el día, una vez apurada la fiesta, ya no eran más que insignificantes personajes enfermizos, oficinistas, representantes comerciales, estudiantes mediocres o aprendices de diletante sin blanca, jóvenes escritores fracasados que ignoraban casi todo lo que sucedía en el horizonte de su ser; preocupados por su precoz calvicie, por las camisas por planchar, por un final de mes precario, así como por la esperanza de una gloria ficticia. No eran sino más conmovedores. La adicción no se apoya tanto en la sustancia y los poderes de ésta como en el *impasse* del placer procurado. Se asemejaban a grandes insectos medio voladores, medio danzarines que temblaban sobre sus finas piernas inmóviles, embargados por el sentimiento de una teología negativa, ya que estar subyugado por el placer de ser dominado (por una droga o una persona) es en realidad estar subyugado

por el absoluto que hemos alojado en él: absoluto porque éste tiene la fascinación de la nada. Y seguramente en aquel tiempo estaba yo experimentando ese paso de costado tan difícil a veces de ejecutar, ligero paso de danza, que nos permite alojar lo absoluto fuera de nuestro alcance, junto a nosotros, es decir, un poco más allá, a una distancia ínfima y, sin embargo, infranqueable por siempre jamás, distancia que otorga a nuestras existencias ese ritmo caótico, vacilante al borde de un barranco que con frecuencia no posee más profundidad que un escalón o el borde de una acera. En ocasiones creemos poder desear algo y renunciar a todo lo demás. Algunos estados místicos todavía lo atestiguan. Están en el error. Desear sólo es justo cuando el cumplimiento de ese deseo nos permite acoger todo lo demás. No desear más que a Dios es para mí una forma de blasfemia. Si Dios existe, en primer lugar, está presente en lo que Él no es, en lo demás, en eso que no contienen nuestras creencias, nuestros deseos, nuestras satisfacciones. Pero yo fui con Diane ese aprendiz místico cuya estulticia me arrojaba a una devoción absoluta, hasta impedirme buscar los medios para ser liberado, hasta impedirme desear mi liberación, instalado en la dependencia y creyéndome satisfecho y colmado. Por más que intentaba ser razonable, subsistía algo que me empujaba a precipitarme de nuevo a la dependencia, como si ese algo que me unía a la nada estuviera instalado en mí a la manera de esos parásitos que dirigen al otro hacia sus propios fines.

No veía que Diane me estaba llamando a otra cosa. Nunca nos bastamos.

Una noche que atravesábamos el estrecho de Dardanelos yo aguardaba a Diane bebiendo una copa en la cubierta superior. Como cada noche, yo estaba en un estado de excitación máxima. Diane había desaparecido. Nadie la había visto. Una fuerte marejada agitaba el barco. Los pasajeros aquejados de náuseas se encerraban en sus camarotes. El bar iba a cerrar, pues las botellas y las copas danzaban peligrosamente. Nos apresurábamos a atar sólidamente el piano para evitar que por la noche se deslizara y chocara con las paredes. Enseguida me quedé solo, con el sonido sordo de las olas contra el casco del barco. Las crujías brillaban bajo una plateada lluvia líquida que espejeaba. Esa noche, se me apareció por fin, vestida con su uniforme de azafata, muy excitada y acucillada, con la falda levantada hasta las caderas, imponiéndome

una felación interrumpida cada dos por tres en el bar desierto, antes de atarme al piano con las últimas cuerdas abandonadas. Dormirás ahí, me dijo tiernamente apretando los nudos. En la tempestad. Volveré para soltarte antes del amanecer. Esperó una hora delante de mí, tragándose dos o tres copas de ginebra a palo seco, levantándose la falda hasta los riñones para brindarme el espectáculo de sus nalgas desnudas, rollizas, o el de su sexo, el cual se acariciaba con dos dedos con las uñas pintadas de un rojo vivo. Y ofreciéndome como a un condenado un último cigarrillo que retiraba de mis labios desecados.

No hay vidas grandes ni pequeñas. Me sentí empujado al interior de esa negrura vulgar descubierta con gozo y que entonces solamente iluminaba la estrella intermitente y violenta del apetito sexual contrariado. Con Diane comprendí que entre los amantes siempre existe algo imposible de compartir.

La infancia tiene el cerrojo echado. ¿Fue la propia infancia la que lo echó? Como la chiquilla que vislumbré en el triste apartamento de la place de Clichy. De nuestros deplorables susurros bajo las sábanas, los de Lago y los míos, apenas me acuerdo. ¿Separados de nuestra propia infancia, somos todavía alguien? Entre los años sesenta y los 2000 vivimos un período de entreguerras sin grandeza, sin epopeya, unidos a aquella época mullida como una lana miserable. Digo bien, en la actualidad, un período de entreguerras, que nos dejó precisamente en una zona de tiempo imprecisa, sin guerra ni paz, ociosos como estábamos entre el mundo antiguo y el mundo futuro. Perdidos finalmente entre las guerras de nuestros padres y abuelos y las contemporáneas de Irak, Afganistán, Yemen, Siria... Oh, sí, hoy las trompetas tocan a guerra. El retorno de la guerra en nuestro universo se descifra en pantallas ante las que asistimos impotentes a lejanos ataques tecnológicos, a disparos de drones asesinos, al espectáculo de poblaciones diezmadas, de pueblos exiliados reanudando la errancia original, huyendo en vano de un feroz mundo futuro. La vieja cuestión obsesiva vuelve con fuerza, la cuestión de la infancia de la humanidad, la infancia de toda persona: la dignidad de existir los unos con los otros. La recogida de cadáveres se acelera. Los muertos nos piden auxilio. El Mediterráneo, mi Mediterráneo, es un sudario.

Argel 2012. Delante de una rala congregación hablo de san Agustín, convertido aquí éste en una suerte de héroe nacional por haber vivido, tras su conversión, en la antigua sede episcopal que fuera en el siglo V Annaba, Real Hipona para los romanos. Todo el mundo me escucha y no es hasta el final cuando un hombrecillo, Saïd, se levanta para contradecirme cortésmente. Si Agustín era EL AMIGO DE DIOS, según sus propias palabras, ¿por qué no conoció y siguió al Profeta? Por más que le respondo que casi dos siglos separan a Mahoma de la muerte de Agustín, mis esfuerzos son vanos. Saïd me sonrío amablemente sin ceder. Veo bien que piensa que le estoy mintiendo o que demuestro, en el mejor de los casos, una crasa ignorancia. Querría decirle que, en cierto modo, es él quien tiene razón, porque el amor y la verdad no

deberían dejarse distraer por unos siglos de más o de menos, pero que alejarse así del camino de tiza negra que traza la Historia entre nosotros significa asimismo tomar un inquietante itinerario. Lejos del amor. Lejos de toda verdad. Al día siguiente, me pierdo en esa portentosa cascada de edificios que se desploman los unos sobre los otros desde lo alto de la montaña hasta el mar. No sé por qué me siento convertido de nuevo en niño. Hay vidas que no existen sino para que nos topemos con ellas. Destinos que siempre quedarán por esclarecer. Una pesada melancolía vuelve, casi como un placer prohibido. Argel tiene un tufo a tedio y miedo.

Sero te amaui. DEMASIADO TARDE TE AMÉ. O demasiado pronto. Es como si bastara amar para perderse en el tiempo en busca de un hogar.

OH, LAGO. Pequeño hermano invisible. Ya no siento que tengo la vida entera por delante, como en otro tiempo, a los doce o trece años, cuando quería, acuérdate, conocerlo todo. ¡Y por una sorprendente y dolorosa paradoja, pensaba que era la vida misma, compacta y oscura, la que, estando por delante de mí, me lo impedía! Acabaría experimentando la invariabilidad de la vida. Ésta no se opone a nada ni a nadie. En ella y por ella, se decide algo que no es más que realidad pasajera.

Crecer: el efecto es salvaje. Un cuerpo desaparece. Otro, más embarazoso, reclama lo que se le debe. En aquella época, creo, conocí, durante unas vacaciones estivales en casa de unos primos en un valle de los Alpes, a una joven violinista de veintiséis años. La víspera, ella había tocado en un aprisco el tema del último movimiento del concierto para violín de Robert Schumann. Comprendí en aquel instante que era posible estar en un lugar y sentirse en otra parte. De lo único de lo que me acuerdo es de los ojos cerrados de la chica mientras tocaba y del pensamiento, que atravesó mi mente en ese instante, de que todavía no me había acostado con ninguna chica. Veía su pecho libre y puntiagudo alzarse bajo su camiseta blanca; su cabello pelirrojo, suelto, escapársele por la nuca, como si la música se hubiera fundido con aquella mata de pelo despeinada. Sentada, con las piernas entreabiertas, la falda se le subía por encima de las rodillas, y yo devoraba con la mirada sus largos muslos bronceados, pecosos, que adquirirían con el sol un tono dorado. Cuando hubo terminado, yo estaba encendido y sudando. Descubrí entonces sus ojos verdes inmensos. De un estupor doloroso. Hay algo brutal, hasta cruel, en la manera en que la existencia se nos revela así, bajo la apariencia de una joven música pelirroja, con los brazos desnudos, que se levanta con sus hermosas piernas flaqueando para recibir nuestros corteses aplausos al fondo de un pequeño aprisco improvisado en una sala de conciertos. Jay era su nombre, era irlandesa. Vivía en Francia desde hacía un par de años y apenas acababa de salir de una gran depresión. Una tristeza que ninguna otra tribulación podría haber apaciguado. Las demás chicas a mi alrededor bailaban con naturalidad,

de modo un tanto *retozón*, palabra estúpida y bochornosa que jamás he podido volver a oír sin tener una sensación de náusea. Jay comía muy poco. Bebía alcohol y tomaba toda suerte de pastillas. Pero soportaba con cierta gracia ese dolor continuo que hace del menor acontecimiento un enemigo próximo. Me estaba enamorando de verdad, creo, por primera vez. Aquella chica alta, triste, algo singular, que jamás dejaba su violín, representó de pronto a mis ojos aquello en lo que se convierte la infancia cuando, flaca de fuerzas, ésta no ha conseguido abandonarnos y se queda, necia y dulce, en nuestro cuerpo, que se ha vuelto demasiado grande, y no ha sabido o no ha querido que el mundo se convierta en nuestra pista de vuelo con miras a la exploración decisiva que cada cual ha de emprender solo, dejando tras de sí la crisálida del niño. Jay se había quedado en tierra, a ras del suelo, con un asomo de locura en los ojos. Decía que oía sin cesar pasos detrás de ella. Que había acabado acostumbrándose. ¿Quién podía seguirla así? Abría sus ojos, discos verdes, para sondear la oscuridad que la rodeaba. Por la noche, cogió la costumbre de reunirse conmigo en mi habitación y de dormirse a mi lado sin hacer un gesto. Se despertaba en la oscuridad total para preguntarme el significado de una palabra o de una expresión en francés. ¡Cariño, por favor, despierta! Oh, cariño, ayúdame, ¿qué significa en francés *bric-à-brac*?⁶ Ella fue la primera joven que me llamó «cariño» en mitad de la noche. Me sacaba de mi sueño y yo tenía que explicarle aquello que no entendía en francés y que había oído en un sueño, en una pesadilla. Sin embargo, su requerimiento de sentido era insaciable y manifestaba una esperanza ilusoria que no podía sino conducirla a una desesperanza sin remedio y a curiosos insomnios semánticos. Sus esfuerzos tanteadores, tan precarios, tal vez tan ridículos para quien, satisfecho, se ha instalado en un lugar seguro, eran únicamente comprensibles para ese, como yo, de quien la inquietud se había apoderado desde la infancia. Estar triste, murmuraba ella, no viene mal. Entonces, ¿por qué sufrimos cuando estamos tristes? Yo no sabía qué responderle. Posaba sus ojos en los míos y me pedía que le cogiera las manos. Temblaba. Estaba febril. Bajaba lentamente el rostro coronado por una sombra y me daba así la impresión de que estaba llevando a cabo uno de esos gestos últimos que preparan un martirio. Nos besábamos largamente. A Jay le gustaba lo romántico en la desesperanza a imagen de esas heroínas que confunden las bendiciones con las maldiciones de la vida. Una noche, éramos unas veinte personas a la mesa

charlando más o menos animadamente, soltando entre un bocado y otro de estofado a la naranja frases del tipo *la izquierda se está hundiendo, nos están tomando el pelo o el blanco te sienta de maravilla, querida*. Y también: *¿Sabes lo que siento? ¡Ay!, ¿sabes de verdad lo que siento? No, nunca has querido saberlo...* En rodeos como éstos se pierden nuestras frases. Galopan, galopan, pequeñas caballerías de palabras que prestan su inmóvil movimiento de tiovivo al intenso y vano poema de la discusión humana. Sí, me habría gustado saber cómo murmurarle al oído a Jay que no somos más que un *bric-à-brac* de palabras. Y nuestra sencilla humanidad cabe entera ahí dentro. Ese fue el momento que Jay, silenciosa hasta entonces, eligió para levantarse de la mesa tambaleándose un poco y mandar callar a todo el mundo antes de pronunciar en inglés la siguiente frase: *Do you know what? Un silencio molesto. The only emperor is the emperor of ice-cream. Un estupor embarazoso. Risas contenidas. Venga, siéntate. El único emperador es el emperador de los helados*. Con el tiempo supe que era un verso de 1923 del poeta Wallace Stevens. Este absurdo incidente para los demás hizo que mi amor se desorbitara.

OH, LAGO.

Tardé años en encontrar ESE POEMA.

Que las muchachas haraganeen con sus vestidos
de diario y que los muchachos
traigan flores en periódicos del mes pasado.
Que al final ser sea parecer.
El único emperador es el emperador de los helados.

Jay y yo nos acariciábamos con pudor mientras fumábamos hierba. Nos cubríamos de ligeros besos. Sin ir más lejos. Nuestro único proyecto erótico serio era huir al volante de su Peugeot 504, un modelo antiguo descapotable azul de los años setenta que había heredado de su padre, cuyo interior era de cuero beis con costuras oscuras, y que Jay, a menudo borracha y atiborrada de medicamentos, conducía a toda máquina por las angostas carreteras de montaña. Al conducir, la palanca de cambios daba serias señales de debilidad.

Entre risas, temíamos que un día se quedara con ella en la mano. Entonábamos melodías perdidas mientras conducíamos sin rumbo, atravesando aldeas y campos. Yo echaba la cabeza hacia atrás y veía EL CIELO AZUL DESFILANDO a toda velocidad. ¡Qué felices éramos entonces! Ay, los descapotables, que hacen que se te salten las lágrimas con el aire caliente del verano y que por la noche te hacen devorar las estrellas. Tuve la impresión de echar a volar, de haber dejado la carretera. Todas las noches Jay me suplicaba que la acompañara de viaje por el sur de Francia. Se justificaba diciendo que me quería hacer descubrir la música viva, los conciertos. Debía de estar aburriéndome aquí. Aquello me distraería. A la gente de mi entorno el influjo de Jay acabó pareciéndole nefasto. Le sugirieron que se fuera, que me dejara tranquilo. Yo era muy joven e influenciable (tenía catorce o quince años quizás). Y en una escena gélida, delante de mis primos y amigos, una noche me pidió una última vez que la siguiera, que no me lo pensara dos veces. ¡Vente! ¿Los ves? ¡Están muertos, a nuestro alrededor están todos muertos! ¿De qué teníamos miedo, al fin y al cabo? No pasaría nada, nos iríamos unos días, yo la acompañaría a un par de conciertos y ella me traería de regreso si así yo lo prefería. Se sentía capaz de ocuparse de mí. En realidad, parecía agotada. Su paciencia y la tenacidad con la que quería convencerme y oponerse a los demás, a mis mayores, no se me antojaban poder provenir de una generosidad sobrenatural. No me imaginaba lo que quería de mí. Pero su estrategia de ruptura hizo que apareciera una barrera de incomprensión entre ella y yo. Sentí una terrible vergüenza. Y no pude evitar acusarme de ingratitud al no decidirme. Yo no chistaba. Esperaba a ser librado de un dilema humillante. Estaba pálido y desesperado. No la seguiría. Mi deuda hacia ella sobrepasaría todos los límites. Ella estaba frente a mí increíblemente fría y decidida. Espléndida trágica pelirroja. Creí leer en su mirada verde un atisbo de desprecio. Ella era al mismo tiempo la locura y la verdad, la promesa y el destierro. Hubo alguien a quien aquello le pareció, con razón, ridículo. Lo habría matado arrancándole la lengua cuando, para concluir el asunto, zanjó, sonriente: Venga, pronto aprenderás que la mejor mermelada siempre está en un estante demasiado alto. Jay se marchó aquella misma noche en su descapotable. Al día siguiente, por una llamada de la gendarmería, nos enteramos de que no había visto una curva a la entrada del pueblo. El 504 se precipitó por el barranco. Hizo falta un remolque para sacarlo. La circulación detenida durante más de una hora, la ira de los veraneantes atascados en la

carretera, que veían cómo se les escapaban sus planes de paseos. Jay murió en el acto. *Oh, que las muchachas haraganeen con sus vestidos de diario... El único emperador es el emperador de los helados.* El entierro tuvo lugar en su casa, en la costa oeste irlandesa. Le habíamos enviado un telegrama a su padre desde la pequeña oficina de correos del pueblo: *Jack - Jay muerta en accidente de coche - Terrible... - STOP.* En el ataúd de plástico, provisional, que sirvió para la repatriación de su cuerpo, colocaron junto a ella su violín mudo, que milagrosamente había salido indemne del espantoso accidente. Muerta, la enviaron atravesando ciudades, montañas y praderas transidas de pena, propulsada a través del AZUL DEL CIELO en la bodega de un Boeing 707 Niza-Dublín que lloraba lágrimas de queroseno transparente.

Aquella última noche pensé, mientras seguía con mis ojos rojos la ambulancia que llevaba el cuerpo de Jay hacia el aeropuerto de Niza, pensé, sí, que en adelante siempre haría lo que me complaciera.

Y no, SEÑOR, no siempre lo he hecho. No crecí sino a medida que crecían los misterios que me rodeaban. Se tornó así cada vez más difícil interrogar a esa tenue voz de la infancia, OH, LAGO, en mitad de la algarabía del tiempo, de las pruebas inútiles que ya se habían acumulado.

Desembarqué en Marsella bajo un sol de justicia. Dejé a Diane y su barco de cruceros. Fui arrancado de sus fantasmas. Me habría gustado hacerme a la mar con ella otra vez. Seguía preguntándome quién era ella. Pensé que estaba perdiendo los últimos restos de conciencia y de razón en el agua verde del puerto. Pero si uno está convencido de ver claro en todo lo que hace, entonces ha dejado de vivir. Y ya no busca nada. Ese año el paisaje de la astrofísica contemporánea acababa de dar un giro radical. Se dijo que la aceleración del universo sería el resultado de una misteriosa energía negra que ejerce una fuerza antigravitatoria que empuja al universo a diluirse cada vez más rápido. Esa energía negra representaría las tres cuartas partes del contenido de materia y energía del universo. Antes se pensaba que el universo desaceleraba, mientras que actualmente se cree que la expansión sería eterna y que el universo se iría enfriando cada vez más. Yo mismo había experimentado una energía negra capaz de propulsarme hacia la evanescencia del deseo y que debía de representar casi la única materia posible de una existencia mortal. Así pasé más de un año, reuniéndome con Diane a merced de su navegación, en uno de esos puertos donde los cruceros internacionales hacen escala: Marsella, Lisboa, Tánger o Atenas, lugares donde apenas la veía unas horas en su camarote, el tiempo de un ir y venir, y el del desembarco de un grupo de cruceristas y la bienvenida al próximo. En aquellas raras ocasiones, Diane se negaba a hacer el amor, más concretamente me pedía que la acariciara y luego me dejaba solo hasta su partida, perdido en las crujías con el personal de limpieza. En Lisboa la esperé al pie de la pasarela del barco bajo una lluvia torrencial y ante las sonrisas burlonas de la tripulación filipina. Nunca bajó a buscarme. Más adelante, durante una escala en Rodas, supe que ese día me había estado observando mientras yo la aguardaba suplicando en vano que me dejaran subir a bordo. En todo el día ella no había abandonado su puesto de observación, esperando a que el sol apareciera o a que yo renunciara. Bien entrada la tarde se dejó ver unos minutos en la cubierta superior: el barco iba a desatracar. La vislumbré dando unos pasos distraídos sin destinarme una sola mirada. Un viento fresco acarició mis mejillas. No dije nada y aguardé

hasta que el barco hubo abandonado el puerto y desaparecido en el horizonte. Acababa de perder el último vuelo a París. Pasaría la noche en el aeropuerto, como esos personajes errantes entre dos destinos, nunca seguros de poder volver a su hogar, y al día siguiente tendría que pagar un carísimo precio por un billete de vuelta. Lo que al principio se me había antojado una experiencia inevitable y capaz de perturbar mi propio pequeño universo se tornaba un puro sinsentido. Me acordé de un crucero de una semana por las islas Lofoten, en Noruega. Yo había embarcado en Bergen una noche de junio gracias a la mentira de Diane, que me había hecho pasar por su joven esposo. Pero acostumbrado como estaba a la crueldad de los suplicios que Diane me infligía, no sentía ninguna piedad por mí mismo. En uno de los camarotes me reuní con una cohorte de jubilados ajenos a lo que yo iba a vivir entre ellos, para quienes el único estremecimiento sería ver aparecer en lontananza sobre el hielo, bajo la luz polar, una forma blanca, amarillenta, que los marineros señalarían como un oso. ¿Un oso? ¿Están seguros ustedes?, refunfuñaban los cruceristas sesentones, con el objetivo de sus cámaras fotográficas dirigido a un punto blanco borroso. ¿Lo ha visto? Demasiado lejos, imposible hacerle una foto... Compraremos postales. Será mejor. El comandante de a bordo se encogía de hombros. Se parecía a uno de esos personajes aventureros de Julio Verne perdidos en los mares en su melancolía negra o a esos *gentlemen* despistados que no hacen sino retrasar la inminencia de una acción o de un viaje a la vez deseados y abominados. Despertaba todos los días al barco poniendo por la megafonía del navío UNA SUITE ORQUESTAL DE EDVARD GRIEG de una tristeza desoladora, al tiempo que maldecía las condiciones meteorológicas, los retrasos por las excursiones y la pereza de sus marinos. Todo ello había recaído en mí por error, pero pensaba que una suerte de dios del amor se complacía en utilizar a personas objeto de escarnio como yo, las piezas pésimas y los errores de reparto, para un proyecto absurdo con apariencia de redención en el que el alma se vacía de todo para conformarse a lo peor. Aquel amor loco me había obsesionado hasta el punto de secuestrarme, y yo había acabado considerando que poseía un valor absoluto. El amor a veces nos alcanza y se apodera de nosotros por ser inalcanzable.

Nunca sabemos cómo actuar. Las palabras de Vivianne me acudían al pensamiento. Ese sentimiento de derrota maravillosa aparece en mí con la regularidad de un misterioso metrónomo, como aquel mes de mayo a orillas del Nilo, a solas con mi hija pequeña en un barco restaurante para turistas en donde aguardábamos, entre dos pastelerías aceitosas, la danza del vientre de una magnífica joven silenciosa cerca del bar y la de un derviche girador. La noche aplacaba el runrún del oleaje. Fuera, en la cubierta, un par de parejas bailaban bajo la mirada desaprobadora de algunos militares tan jóvenes que costaba de veras tomárselos en serio. La inverosimilitud misma de mi situación me pareció la única manera de tornar aceptable la experiencia, casi enteramente inexplicable, que estaba viviendo. Cuando tendríamos que encontrar unas palabras que detuvieran el latir de nuestros corazones, lo único que asoma a nuestros labios es un ligero balbuceo ebrio. Comprendí la belleza involuntaria de los hacinamientos de las colecciones de momias en el museo de El Cairo, que acabábamos de visitar ese día: una sala entera llena hasta los bordes de momias etiquetadas con tinta violeta de animalillos, perros, gatos, pájaros, reptiles. Petrificados, disecados a la espera de una fiesta prometida y escapada a sus OJOS MUERTOS. Una banal experiencia vivida se mudaba en milagro, uno de esos acontecimientos extraordinarios, inexplicables, cuya negrura misma, su inverosimilitud y su parte de destrucción ya no se nos manifiestan, dejando una estela blanca sin significado. El derviche girador vestía una amplia falda guarnecida con una oportuna guirnalda eléctrica multicolor que se iluminaba al ritmo acelerado de sus movimientos repetitivos. Invitó a mi hija a que se pusiera bajo su falda giratoria, y vi desaparecer a la niña en una ráfaga de destellos verdes y rojos. El escaso público internacional reía y aplaudía. Mi hija reapareció esbozando unos tímidos pasos de baile. Su cuerpo menudo se plateaba con escamas de colores. En ese instante decidí enterrar por unas horas lo que era pertinente enterrar, los sufrimientos, la soledad, resucitar niño con ella, mi hija. Cruzamos unas palabras, no recuerdo cuáles: el tipo de cosas tranquilizadoras que un padre y una hija que se quieren se dicen en semejante momento, en semejante

situación. Habíamos viajado de un sitio a otro por Egipto, alrededor de El Cairo, cuatro o cinco días. No quedaba nadie desde que un golpe de Estado congelara la vida y desde que el miedo a los atentados indiscriminados expulsara al grueso de los turistas. Admiré a mi hija de diez años montando un pequeño poni en las dunas de El Cairo, detrás de las pirámides, mientras que a mí un guía bromista me había encaramado a un dromedario pelón y sobriamente llamado Chirac. *Good guy Chirac! Bush bad boy.* Con eso estaba todo dicho, es cierto. O casi. La víspera yo había contemplado como un chaval, a escondidas, a la bailarina del vientre soñando con poder acariciarla y pasar la noche con ella. Por más que hiciera y pensara, nunca me uniría al taciturno bando de los tristes misántropos. Todo era medio oración, medio canción.

Pocas personas de mi entorno comprenden que mi lancinante tristeza no es sino el efecto de un nostálgico deseo jamás satisfecho. La desolación transformada en un puñado de frases pronunciadas con la voz ronca. Creo estar en condiciones de decir que no hay nadie más indeciso que yo, y que mi indecisión es la hermana pequeña incondicional de mi pasión. En la noche oriental mi hija y yo regresamos atravesando inmensas avenidas como reaparecidas de pronto de los años treinta y cincuenta del siglo pasado. Inmuebles blancos de amplios balcones vacíos. Arquitectura colonial destartada con antenas parabólicas cuyo anárquico poblamiento en las azoteas, en los tejados, pone de manifiesto la soledad del mundo en este mundo. Preocupada, mi hija me pregunta si sigue habiendo cocodrilos en el Nilo; yo le respondo que ¡desde luego! ¿Cuántos? Miles, los pobres, esperando con qué alimentarse desde la noche de los tiempos, DESDE QUE LOS FARAONES DEJARON DE ARROJAR A LOS TRAIADORES Y A LOS MALOS OBREROS AL NILO. Temblábamos envueltos en la suavidad de la noche. Recuerdo que las momias del museo tenían todas los ojos negros y el cuerpo íntegramente depilado, para suprimir así las huellas de la vejez y devolver al cadáver el aspecto de la juventud perdida.

Rompí con Diane para siempre una tarde de noviembre en un asador medieval del centro de París. Diane había aprovechado unos días de descanso para visitar la capital. Su voz al teléfono me indispuso; pero, sin comprender aún, acudí a su cita sin dilación en uno de esos señoriales hoteles parisinos que hay detrás de la Asamblea Nacional: un decorado de imitación con inmensas sillas de madera, vigas vistas, una enorme chimenea y unos comensales todos parecidos entre sí, con cara de gárgola buena. Cómo se le habría ocurrido aquel lugar, lo ignoraba. Ella había llegado antes y, al no atreverse a entrar sola, me estaba esperando delante del restaurante vestida para la ocasión, supongo, con un traje malva demasiado estrecho y unos zapatos de tacón negros baratos sobre los cuales parecía presta a zozobrar. **ENTONCES SE ROMPIÓ EL ENCANTAMIENTO.** De repente me pareció bajita y gorda, además de tonta, sin modales delante de su cordero asado a las hierbas con guarnición de patatas al horno, que devoraba a dentelladas. Era ella quien, en ese momento, se pegaba a mí y me pedía que pasara la noche con ella. Pero yo veía abochornado sus gruesos senos, sus carnosas caderas, su mirada negra inexpresiva. Se le subía la falda por los muslos, que revelaban bajo las medias toda una red de estrías casi malvas, algo que en otros tiempos me habría conmovido y que en esos instantes me parecía obsceno. Me preguntaba qué habría sido lo que pudo retenerme a su lado. El amor es esto, el amor es lo otro. De pronto, no encontraba nada. Absolutamente nada. Ninguna prueba de la existencia de aquella pasión. Todos los detalles complejos que había puesto en pie se habían derrumbado como un castillo de naipes, una pequeña torre de Babel del deseo. Me pareció incluso demasiado mediocre para algo tan grande. ¿O era que mi apego amoroso se me había antojado tan precioso como para no ser destruido un día y que no soportaba entonces estar confrontado a aquel desastre, a aquella dispersión del ideal, del tesoro? Del mismo modo en que, al desaparecer, los dioses han dejado un espacio aún más cruel que los sacrificios y las ofrendas que reclamaba su amor. Pero no sentí el desgarró de semejante extinción en el acto. La nostalgia vendría lentamente al poco tiempo, la nostalgia de lo que no habíamos vivido juntos. Una herida siempre cura en

un momento u otro, pero el mal que ha causado no cura jamás. Ésa sería la revancha de Diane.

What is love? Baby don't hurt me, don't hurt me no more, se desgañitaba en las pistas de baile de los años noventa Nestor Alexander Haddaway, efímero cantante de Trinidad. Dicha canción reaparecerá en los campos de los GI estadounidenses en Irak en vídeos subidos a YouTube y grabados con teléfonos que chillaban de miedo. En ellos se veía a los soldados estadounidenses medio desvestidos remedando unos endiablados bailes y llevándose consigo a unos iraquíes perdidos y visiblemente aterrados. La vergüenza pura.

He de reconocer que ese imprevisible instante en que el otro se convierte para nosotros en poco más que un montón de huesecillos quebradizos tiene algo de excitante. Lo mismo, al fin y al cabo, que la carísima pasión que ese mismo personaje ha podido despertar y alimentar en nosotros, y que lo había metamorfoseado en semidios. *Es una chica extraordinaria. Me habría gustado que la vieras...* Oh, CONSOLADOR, ¿dónde está, pues, tu consuelo?

Lago y yo nos habíamos inventado un juego secreto en el que me conducía por un camino prohibido del jardín de mi abuela hasta la gran casa vecina de una mujer alemana que, según decían, era una antigua médica de los hospitales de guerra, la señorita Goethe: solterona seca y fumadora de puros cubanos que se jubiló en la Costa Azul y con quien mi abuela mantenía unas relaciones de pequeña mundanidad anticuada, té y pastas, y conversaciones sin tema alguno al final de la tarde interrumpidas por amabilidades a la medida. La señorita Goethe había vivido el día en que se firmó, con mucho secretismo, el Tratado de Reaseguro entre la Alemania de Bismarck y la Rusia de Alejandro III. De ella se decía, pues, que había sido médica o, de un modo más verosímil, enfermera, durante la Guerra del 14. En esos momentos vivía en Cannes en una docena de habitaciones oscuras de pesadas alfombras y amuebladas con estrambóticos armarios bávaros adornados con placas pintadas con magníficos motivos florales de iris, tulipanes y otras flores sobre un fondo verde pálido con un ribete de cerceta verde, fulgurante, guarnecido con oro. Se pasaba allí días enteros leyendo obras históricas sobre la guerra y bebiendo sin tregua minúsculos vasos de vodka blanco de una marca polaca en la que mojaba una HIERBA DE BISONTE, precioso vegetal que decidió entre otras cosas mi fascinación. A Lago y a mí la señorita Goethe nos aterraba tanto como nos excitaba, inmersos como estábamos en esa edad en la que todo cuanto no podíamos esperar ni saber lo considerábamos inestimable, exótico y peligroso. Aquella mujer tenía un secreto. Olía a traición, el tormento sellado en su minúsculo corazón. Yo consagraba todo mi tiempo a bosquejar unas vidas horribles que le atribuía. Me hacía espía e informaba de todo escrupulosamente a Lago por la noche bajo las sábanas, planeando con él invadir el jardín enemigo. Esas horas interminables de vigilancia, agazapado en el seto de ciprés o cerca de las bodegas de la casa, horas vacías, horas de un tedio vertiginoso, me dejaban al final del día agotado, extenuado, con una nebulosa mental. La señorita Goethe, bien muy probablemente había sorprendido mi jueguito y, por razones que yo no sospechaba, hacía como si nada hubiera visto, bien no se había dado cuenta de nada y me dejaba

descubrir así su soledad senil. En los ardientes veranos se tendía desnuda por completo en una antigua *chaise longue*, posada como una ruina preciosa sobre la hierba a la sombra de un cerezo. Yo espiaba su largo cuerpo sin forma, que me recordaba al de un soldado alto que hubiera adelgazado por la sevicia y las marchas forzadas. Unos minúsculos senos caídos con los pezones endurecidos y unas caderas salientes, unos muslos no más gruesos que un brazo, pero un sexo, me parecía a mí, prominente como una diminuta colina frondosa. Calzaba unas extrañas sandalias de corcho que jamás he vuelto a ver posteriormente en los pies de una mujer. Cual si fuera un explorador del siglo XVIII en una isla del Caribe ante una especie desconocida, yo comparaba atentamente su cuerpo con aquellos, más arropados y disimulados, de mis tías. Ella permanecía desnuda en el jardín tardes enteras, cantaba a solas en voz alta como una loca y en un alemán incomprendible para mí, excepto esa aria de Bach de *La pasión SEGÚN SAN MATEO*, que regularmente oía en el viejo tocadiscos Teppaz Oscar color crema con fieltro rojo de mi tía Marie-Thérèse:

*Ich will dir mein Herze schenken
Senke dich, mein Heil, hinein.
Ich will mich in dir versenken;
Ist dir gleich die Welt zu klein
Ei, so sollst du mir allein
Mehr als Welt und Himmel sein*

Te daré mi Corazón,
sumérgete en él, Salvador mío.
Yo también me sumergiré en Ti;
si la Tierra es muy pequeña para Ti
serás Tú sólo para mí
más que el Cielo y la Tierra.

La señorita Goethe concluía sus tardes borracha y desesperada después de algunas copas de vodka de más, con un murmullo ronco, medio salmodiando esta aria de Bach: *hum hum hum...*, rematada con un vagido de bebé viejo sumido en la oscuridad. A la sazón, ella encarnaba para mí, desnuda y delgada

sobre su diván de madera para el descanso, la blasfemia de un Cristo femenino achispado, fumador de habanos, absorto en sus recuerdos de hospital de guerra, de mutilaciones, de quemaduras, de carne triturada: memoria de atrocidades humanas que ella procuraba aplacar con el alcohol y la exhibición ante mi mirada de niño solitario de su cuerpo momificado, reseco, curtido tanto por los remordimientos como por el sol inconsciente de nuestros horribles tormentos. Mi juego de espía se había convertido también para ella en una terapia, incluso en una teología de su sufrimiento íntimo. La señorita Goethe se entregaba tanto al alcohol como a MI VOYERISMO DE NIÑO para redimir su maldición «encarnando [para mí] esa maldición», tal y como leería más tarde en la epístola de san Pablo a los gálatas. Y yo, que aún no había tenido sino versiones edulcoradas de la Historia en los libros ilustrados, descubría, sin saberlo, suspendidos de su casi esqueleto viviente, de una desnudez lacerante, las fuerzas de la noche, los estigmas de una violencia que ninguna paz ni ninguna salvación son capaces de aquietar. Yo no sabía si sus padecimientos eran los de la víctima o los del verdugo. Me quedaba así, inmóvil durante horas, ante el espectáculo de su mal hasta no ver nada más a mi alrededor ni oír mi respiración.

OH, LAGO. Donde estamos es la noche.

Y en la noche fuimos creados.

Transcurridos ya unos años, durante una conversación familiar a propósito de la muerte de la señorita Goethe, me enteré de que nunca había sido ni médica ni enfermera, tal y como había pretendido hacernos creer por los raros relatos que, a nuestras primeras preguntas, ella abreviaba rápido con un falso pudor o poniendo por pretexto una memoria vacilante, sino que había llevado hasta 1945 una existencia ociosa y protegida, entretenida por la empresa paterna de construcción de muebles en la comuna bávara de Flossenbürg, en la que a finales de los treinta se había edificado un campo de concentración (el mismo donde fue ejecutado el 9 de abril de 1945 el pastor Dietrich Bonhoeffer). Nadie sabía en qué circunstancias llegó en los años cincuenta a Francia, a los altos de Cannes, con su alargada silueta seca, como salida del horror de la guerra y de sus pesadillas, envuelta en el humo acre de sus puros y con extravagantes vestidos de seda de colores chillones, que llevaba sobre

una blusita de manga corta y con un mandil siempre anudado a la izquierda, pues así lo dictaba la tradición bávara a las mujeres que, como ella, no se habían casado nunca. Unos vestidos como sus armarios, macabramente privados de todo sentido del ridículo. Ida, su dama de compañía, se había ido de la lengua el día del entierro. Pequeña sombra de mujer, que yo había imaginado sometida durante años a un secreto abominable, era ella, Ida, quien servía indefinidamente a su gran señora esos vasos de vodka, como para vengarse de un exilio forzado a orillas del Mediterráneo o para desechar del corazón de su señora el mismo terror culpable que nuestros padres primitivos sintieron por los monstruos: el pavor que le provocaba su propio corazón. Ida era callada. Ida, hasta el entierro de su señora, nunca había, por decirlo así, abierto la boca. Siempre se mantenía en segundo plano, en la cocina, o bajo un ridículo parasol amarillo delante de la escalinata principal de la casa hojeando la misma revista todo el verano. De qué había huido la señorita Goethe era algo que nunca sabríamos. Y yo, sometido a obsesivas iteraciones visionarias, me había comido con los ojos su cuerpo de mujer de piel gris de borracha. Pero una noche de agosto, unos años antes de su muerte, la señorita Goethe rompió el pacto secreto entre ella y yo, o puede que descubriera al fin mi juegucito sin que éste la horripilara particularmente, y, faltando a las apariencias, me hizo un gesto de acercarme a ella, desnuda. Mortificado, me puse manos a la obra y, a paso muy lento, atravesé el césped hasta ella. Me hizo una señal de silencio y abrió un libro antiguo encuadernado para leerme en alemán un fragmento que amablemente me iba traduciendo ante mi necio estupor, debido tanto a mi incomprensión de la lengua alemana como a la vergüenza que sentía por haber sido descubierto así y por encontrarme delante de ella, a sus pies siempre calzados con esas horribles sandalias de esparto, como si en ese instante solamente yo la viera, yo, que tan a menudo la había espiado y la había mirado durante horas sin verla realmente. Con su voz ronca de fumadora, cascada por la edad y la congoja, pronunció muy lentamente estas pocas frases con dificultad y un espantoso acento: «Si hay pavores... son los nuestros... si hay abismos... son nuestros abismos... si hay peligros... debemos procurar amarlos... TODO LO TERRIBLE... tal vez no sea sino... algo desvalido... que espera a que... nosotros lo auxiliemos». Acabó con un grito mientras escupía sobre el césped para ahogar un ataque de tos. Me enteré de que era un breve fragmento de la octava carta a un joven poeta, de Rainer Maria Rilke. Cerró el libro, agotada por su esfuerzo, y se calló. Tras un leve

gesto con la mano, me despidió y me hizo una señal para que me reuniera con Ida en la cocina. Había, me dijo simplemente -y éstas fueron, por decirlo así, las primeras y las últimas palabras que me dirigió de manera directa-, pimientos verdes rellenos con crema de queso y nueces enteras. ¡TE GUSTARÁ, TE LO PROMETO! *Du wirst es genießen, das garantiere ich!* Mientras me levantaba y la dejaba, la vi por fin como la niña que siempre había sido, perdida en la selva de las almas muertas, con la voz desgarrada entre el canto de la infancia y el grito rauco de la vejez. Pero acabábamos de reconocernos como dos niños traidores perdidos en el tiempo: ella, en calidad de viejo Capitán Garfio extraviado en las montañas de Cannes, y yo, triste y ridículo Peter Pan... Al cabo de unos minutos, en la cocina dominada al fondo por un reloj horripilante, en el que figuraba una casita de madera pintada de la que cada cuarto de hora surgía un cuco montado en un muelle, me comería en silencio, cerca de la suspicaz Ida y en plena canícula, un par de pimientos rellenos.

Me habría gustado volver a mi casa como un astuto Ulises de gran corazón y recobrar mi asiento cerca de mi esposa como si nada después de un largo viaje. Pero muy pronto, seguramente al igual que Ulises, tuve el sentimiento concreto de pertenecer a un mundo afín al suyo solamente en sus márgenes, en sus fronteras. Y puede que nunca existan otros, que no haya una afinidad posible entre todos nosotros sino en el equívoco de los destinos individuales. Ser un héroe como Ulises es buscar una salida a través de la huida y la astucia. Recuerdo, por poner un ejemplo, cómo en la rue de la Gaîté en París, en un bar, una entrenadora de veintiocho años originaria de Creuse con quien me gastaba una fortuna en champán calentorro y de mala muerte, me propuso ir allí un fin de semana para conocer a sus padres agricultores. Ella quería presentarles a alguien que hubiera tenido éxito, me decía al oído mientras bailaba conmigo. Ya sabes, CARIÑO, para dar el pego. Todavía hoy me pregunto qué habría pasado de haber aceptado. De todas formas, hay que creer que algo siempre es posible. Pensar que siempre hay una concordancia imaginable entre seres diferentes en busca de afecto y de reconocimiento. No obstante, lo que se nos concedió vivir entonces pone a prueba nuestra sensibilidad humana. Como Betty, otro ejemplo, una joven estudiante lionesa que vino a preguntarme al final de mi curso sobre *Madame Bovary*, de Flaubert, si querría acompañarla esa misma noche al cine para ver *Nueve semanas y media*, una película que le había encantado y que le gustaría volver a ver y compartir conmigo. Había una sesión no lejos de la facultad a las 19:30. Y he aquí el argumento que Betty me expuso con la pasión de una joven erudita: la heroína, una neoyorquina divorciada, responsable de una galería de arte, conoce, mientras hace la compra en un ultramarinos chino, a un misterioso desconocido que no tarda en invitarla a comer en un restaurante italiano. Relación tórrida, vínculos de dominación cada vez más poderosos. Una aventura de nueve semanas y media entre la rubia Kim Basinger y Mickey Rourke. En cuanto a nosotros, acabamos en mi modesta habitación de hotel en los muelles de Saône, donde le dije lo ridícula que era la película antes de hacerle el amor violentamente y con torpeza, confesando así que aquel bodrio

me había excitado. Y Betty, medio aterrada y con los ojos arrasados en lágrimas, me confió que era LA PRIMERA VEZ. La cama del hotel no era muy grande. Nos tapé a los dos con las sábanas. Vi, tras sus lágrimas, que Betty se había fabricado un rostro de mujer, empolvado, con los labios rojos, los ojos contorneados de negro. Acabamos la noche juntos sin pegar ojo. Sin una palabra, escuchando simplemente la respiración del otro. El hálito del otro, como el de una PRIMAVERA INACCESIBLE, leve eco lejano, vasto y musical. Hay una inocencia maléfica. Un afecto cruel. No debía volver a ver a Betty en mis clases.

Hemos de aprender a regocijarnos en nuestras cuitas como si las hubiéramos rogado en nuestras oraciones. Sin tribulaciones, nuestra vida en la tierra sería un infierno. Esto lo aprendí contigo, OH, LAGO, cuando compartíamos en el silencio de un dormitorio de niño nuestra desesperación ridícula y sincera. Y algunos días, en la mirada de Marie-Thérèse, llena de una tierna avidez sin objeto que otorgaba a esta ancianita irreprochable un repentino aire de heroína secreta SALIDA DIRECTAMENTE DE UNA NOVELA INGLESA DEL SIGLO XIX. Casi cómica. Esa mirada la volví a encontrar hace poco, y mucho tiempo después de la muerte de Marie-Thérèse, en los ojos de Carlos, un profesor mexicano del instituto de tecnología de Guadalajara. A cada palabra pronunciada se reía con una risa suave, muy agradable pero incontenible, y que sentías que era capaz de ahogarlo. Como si el acto de predicar se acompañara en él de un terror a conjurar de inmediato. Y como si la risa viniera para recordarle que necesitaba no adherirse seriamente jamás a las palabras, a la palabra, porque eternamente él seguiría siendo una parte inexpresable de la realidad vivida, que sólo la ligereza de una pluma al viento podría revelar. Y únicamente unos pocos seres resisten así entre nosotros, como si estuvieran en el centro del infierno, riendo por siempre jamás con una terrible desolación alojada en el vacío de cada palabra pronunciada, de cada palabra intercambiada. A lo largo de una conversación interrumpida por breves y desgarradores ataques de risa, a orillas del lago de Chapala, me confesó la muerte, de un cáncer fulminante, de su joven esposa el año anterior. Comprendí que desde aquel día no había dejado de reírse. La ira de la realidad lo había expulsado para siempre de la certeza de la palabra en el mundo. Había cavado una tumba tan profunda para su mujer, me dijo, que

ninguna palabra podría darle alcance. ES CURIOSO, ¿VERDAD? Nunca había visto a un hombre beberse tan aprisa vasos enteros de *tequila añejo* a la vez que se reía de pena, con los ojos sorprendentemente vivos, pero perdidos en la bruma del lago de Chapala.

¿Por qué Dios es tan cruel con sus CRIATURAS VIVIENTES? Los primeros días de mi relación con Diane me pasaba el tiempo observándola. Yo quería que el embeleso se viera interrumpido. Me arrobaba su aire hosco y decepcionado en cuanto me acercaba a ella; ella, que unos segundos atrás reía y se mostraba jovial con todos, con ese cuerpecillo suyo metido en carnes que entonces me parecía una beldad, y que conmigo en el acto adoptaba una postura rígida. Yo me perdía en una suerte de encandilamiento constantemente contrariado, ignorante de que unos meses más tarde me sentiría casi desafecto a esa pasión. De habérmelo dicho alguien, me habría rebelado con todas mis fuerzas. Pero de pronto el pasado deja de dar sus frutos. Vivíamos con la creencia mágica, infantil, de la continuación de nuestra personalidad. Y, un buen día, nos vemos obligados a reconocer que somos seres inacabados, mutantes, pasajeros. Humanos, es decir, «seres efímeros», algo que ya se lee en la *Odisea*. Eso que sentíamos ayer, y por lo que habríamos sacrificado nuestra existencia misma, se ha evaporado como el vaho de un espejo.

Marie-Thérèse murió. Regresé solo una tarde de finales de febrero para merodear por la rue de Lisbonne, en Cannes, esa callejuela sin salida, empinada y festoneada de mansiones construidas antes de la guerra en los altos de la ciudad, y que desembocaba en una escalera cuya existencia misma de niño siempre me pareció envuelta en misterio. ¿Por qué había una escalera al final de la calle? ¿Para conducir adónde de ese modo que sólo a los peatones sanos permitía franquear la hipotética frontera?, ¿entre qué mundos? Pasé delante de la enorme casa de la señorita Goethe: una pancarta con letras rojas que decía «¡VENDIDA!» atravesaba de lado a lado la reja principal; los postigos, cerrados; el jardín, yermo. Puedo decir que fue entonces cuando la infancia de mi corazón se escapó. Una bruma rosa desvanecida en la timidez de aquella primavera que penetraba en el pequeño cementerio de los altos de Cannes. No había fantasmas, sólo recuerdos silenciosos. En la iglesia leí un salmo. COMO EL BARRO somos. DIDN'T MY LORD DELIVER DANIEL? Pero en el barro acabamos, en su acre dulzor. Y cerca de leones vivos morimos. Intentaba ser sensato y optimista. En una ambulancia, habíamos acompañado a la tía Jeannette a la pequeña ceremonia. Ya no reconocía nada ni a nadie y chillaba a grito herido, indignada, dirigiéndose a mí y al sacerdote, *¿qué dice?, ¿qué dice?, pero ¿quién es ese hombre?*, hasta el momento en que, ante los restos mortales de su hermana pequeña sepultada bajo unas florecillas, derramó sus lágrimas en silencio. En la residencia de ancianos, ni la habían peinado ni vestido. Salió de allí simple y cruelmente para el entierro de su hermana. Ya no tenía sombra de aquella mujer oronda y jovial de antaño, vestida ahora con una mera bata horrenda, el pelo cano sucio y enredadísimo, los pies calzados con unas espantosas pantuflas negras. Su voz se había igualmente transformado. Ya no hablaba como antes. La vi aparecer al fondo de la iglesia, sostenida firmemente por un lúgubre enfermero. Vi su paso lento, titubeante y desorientado hasta el altar. Los amigos dijeron: LA POBRE JEANNETTE HA REGRESADO A LA INFANCIA. Esa frase se me clavó en el alma. ¡No, no, no, eso es mentira! ¡Craso error! Jamás nadie ha vuelto a su infancia. Ésta está lejos delante de

nosotros, en las alturas, con los pájaros, el sol y el viento. Ay, pensé en los años risueños, en el santo Renault de los domingos de verano, cuando ella conducía a toda máquina por estrechas y onduladas carreteras recitando jovialmente su rosario. Sentí que se alzaba en mí esa energía afectiva que a la vez nos había unido y que ahora nos desgarraba. En el cementerio los pájaros cantaban. Las mimosas exhalaban su aroma. Nunca arrepentirnos de estar vivos. Da lo mismo que no se haya escrito nada de antemano, lo que precisamente hay que intentar leer es esto: LO QUE NOS SUCEDE. La tía Jeannette se asemejaba a un enorme pájaro petrificado en la trampa del tiempo. Se adivinaban sus curvas de otrora como enganchadas todavía a la enjuta y huesuda persona en la que se había convertido. Por la noche, cenamos todos en familia en los altos de Saint-Laurentdu-Var, en casa de nuestra prima Gisèle, casada con un floricultor. Bebimos vino blanco y picoteamos unos sándwiches de jamón italiano con pequeñas aceitunas negras de Niza. En el corazón de la noche, las orquídeas de los invernaderos nos recordaron delicadamente que ellas eran las flores preferidas de Marie-Thérèse. QUE DIOS BENDIGA LAS ORQUÍDEAS y a las tres hermanas W.

Marie-Thérèse había vivido desde hacía algún tiempo tremendamente sola en su cuerpo menudo de superjovencita rubia y miope envejecido prematuramente. Jamás había conducido un coche, un tren ni tampoco un cohete. Debió de pensar a cada instante en el amor, ese diálogo de sordos. ¿Qué dolor, qué mal extremo, qué abismo había, con su silencio, salvado? ¿Qué sufrimiento, qué rebelión, qué escándalo había, en su soledad, esperado? ¿Qué estupidez, qué locura, qué cólera había contenido durante tan largo tiempo? Le gustaban los burros. Le gustaban las vacas de los envoltorios de las tabletas de chocolate suizo. Le gustaban las fiestas de Navidad y los adornos de la mesa. Le gustaban las croquetas de patata y el cordero pascual. Le gustaban Austria y las canciones de Nana Mouskouri, que había vivido más que ella. Le gustaban las comidas frías en las islas de Lérins, algunos domingos de verano, siempre en la misma cala que ella había bautizado con el nombre de «LA CALA MARIE-THÉRÈSE», justo al lado de la vasta y fragante alameda de eucaliptos centenarios. Le gustaban los eucaliptos, los geranios rosas un poco mustios y, a mediodía, dos dedos de vermú con naranja. Y si bien ella siempre creyó que Dios estaba presente durante la santa misa en la percepción sensible de un mendrugo, las noches de verano, sentada en silencio en el jardín con su madre, Dios estaba tan ausente como el hombre de sus sueños.

Acabó pareciéndome una locura aquella sobredimensión de la muerte a cargo de los vivos en su intento desesperado por olvidar su propio final. Para enloquecer todos de pena y volverse amnésicos... ¿SÍ? Prefiero pensar que el final es ese árbol que no deja de crecer y que da lugar al nacimiento de una infinidad de infinitos. Mi infancia evaporada desprendió unos átomos de infancia. Y uno de ellos, propulsado en el tiempo a la velocidad de la luz, arroja en mi alma de adulto su *flash* como un astro muerto. Sí, sí, lo sé. Y siempre he sabido, al fin y al cabo, lo que hicimos aquella tarde a última hora en los dormitorios Ojos Negros y yo. Pero ninguna palabra podrá decirlo jamás. Lo que se hizo concierne a otras palabras que se me escapan. Según Pablo, podemos incluso cumplir sin saberlo las palabras de los profetas que vivieron antes que nosotros. Fuimos denunciados. Creo que el jardinero, el señor Barbarroja, empleado por las hermanas para hacer chapuzas de reparación y limpieza del parque, nos había sorprendido aquella tarde a última hora en los dormitorios vacíos e impecablemente preparados para la siesta del día siguiente. *Ay, mis pequeños, mis pequeños... Si supieran las hermanas, ay...* ¿Habría sido él nuestro Judas? ¿O se habría chivado alguien que oyó sus confidencias? Como todos los seres que un día u otro nos fallan, no tenía él, sin embargo, las trazas de un traidor ni de un chivato: una panza enorme bajo viejas camisas de cuadros, cejas enmarañadas y enormes gafas siempre sucias. Trabajaba en las salas de juegos y en los dormitorios, reparando aquí una fuga, cambiando allí una bombilla. Decían que era muy bueno con los críos, siempre dispuesto a prestar servicio. Y horas enteras pensando en su vida perdida en las grandes alamedas del parque. Disfrutaba de un día libre a la semana en que iba a la ciudad para «tomarle el pulso» y volvía bastante achispado profiriendo en voz alta, ante la reprobación irritada de las hermanas, misteriosas especulaciones acerca del destino de las almas y otras patrañas de las que hacía acopio en los bares aledaños al puerto, concretamente a propósito de su vieja esposa, quien una noche de noviembre había huido con un tipo más joven que él (hace ya años de esto) y jamás había regresado. Cuando en la estrecha habitacioncilla de la sala de visitas sor Ange quiso

interrogarme acerca, supongo, de la naturaleza exacta de mis juegos con Ojos Negros, no pude decir palabra: guardé silencio con los ojos enrojecidos obstinadamente cerrados. Rogaba al SEÑOR MISERICORDIOSO que no le contara nada a mis padres. En las alamedas del parque, el traidor Barbarroja pasaba maquinalmente su largo rastrillo de hierro sobre las malas hierbas de los senderos arbolados. Así fue como esta historia truncada me pareció, mucho tiempo después de la infancia, como una casa inacabada en la que mis pasos de adulto daban traspies en una peregrinación confusa hacia las caricias perdidas.

Es posible que esto sea lo único que queda de la infancia. Altas murallas que ni escondían ni protegían nada. Una historia perdida relatada por un fugitivo. Para mí con ese punzante sentimiento en el corazón de tener la certeza de un inexorable final y de saber, con todo, que finalizarla no pondrá término a ese misterio de la infancia. No hay más remedio que resignarse. Nunca morimos en el abrigo azul de una madre, el que ella vestía cuando dábamos nuestros primeros pasos en un parquecillo, cerca de la Promenade des Anglais. Pero perdemos nuestra vida queriendo reencontrar ese abrigo, a sabiendas de que nada lo igualará por vano que sea. Porque, sí,

no todas las cosas del espíritu
igualan a una violeta

E. E. Cummings, 1923

Podría haber vuelto a ver a Vivianne años después. Invitado por la librería Ombres blanches, de Toulouse, leía a san Agustín. Sólo *a posteriori* supe, por una breve misiva desoladora, que Vivianne, que excepcionalmente había descendido de las montañas a las que se había retirado, había estado presente en la sala. Yo no la había visto. Tal y como se suele hacer antes de una lectura o de un espectáculo, al lanzar una ojeada angustiada a la sala, había reparado en algunos ancianos que aguardaban desde hacía un cuarto de hora largo a que comenzara la lectura. No había pensado en ella. Y si ella estuvo allí de veras, no, no la vi. Ella, que en las alamedas del instituto me decía: bésame, bésame delante de los demás. Que se enteren. No la había reconocido. ¿Qué edad

tendrá hoy? No, no fue sólo por el hecho de la edad y de la vejez, aunque eso hubiera contado, sino porque el hecho de reconocer a Vivianne entre aquellas ancianas silenciosas que habían acudido a escucharme habría sido volver a ver mi vida en un espejo. Y encontrar a cualquier precio unos arcaicos móviles para mi existencia presente, asumir la extraña costumbre del coleccionista que recoge en los escombros del pasado la fuerza criminal de ideas nuevas. Me fui de la librería sin girarme, sin esperar a unos y a otros fuera, en la acera. Todo va a la deriva, a la deriva suavemente. La gente repite aturdida, pero con un alivio culpable: todo sucedió tan rápido. Otros creen en la revelación del pasado, que volvería en bloque merced a un paso en falso sobre el adoquinado del patio de un palacete. Es verdad. Es preferible. UNA EPIFANÍA. La palabra griega significa «brillo».⁷ Es la señal del reino entre nosotros, explicaba Pablo a los tesalónicos. Un nacimiento, un bautismo. No una muerte. Una explosión seguida de un aumento breve, pero magníficamente grande, de luz. Un *flash* gigantesco de las dimensiones del universo. Se dice que, a lo sumo, entre una y tres veces por siglo, en nuestra Vía Láctea la explosión de una estrella va acompañada de un fenómeno que los científicos llaman «supernova». Algo muy antiguo, a millones de años luz, produce este suceso literalmente *supernuevo*. Vista desde la Tierra, la *supernova* aparece a menudo como una estrella naciente, cuando, en realidad, corresponde a la desaparición de una estrella. Y la observación de estos lejanos fenómenos nos ha conducido a describir la aceleración de la expansión del universo: una colisión estelar entre el pasado y el futuro. Es así como debemos hoy retomar la pesada cuestión de nuestro pasado. Ya no tenemos ningún acceso material a los sucesos del ayer, ni a la aparición de Vivianne ni a las caricias de Ojos Negros; sin embargo, esas muertes sucesivas producen indefinidamente unos acontecimientos nuevos, una aceleración de nuestro propio universo íntimo. Aceleración, recordemos, que ha conducido a los astrofísicos a introducir el concepto de ENERGÍA NEGRA, energía que crece como crecen la noche y el silencio. La verdadera fuerza del pasado proviene así de su contracción y de la nada que es ese pasado: ¡vivo!

¿Y el presente? La verdad, nos perdemos en el presente. Nos ahogamos en él como en el vientre de un pez. Lo que llamamos «presente» me hace pensar en un ogro que devora a sus hijos en el acto. Los engulle. El instante de gracia

del presente consiste en engullirnos. Y en vomitarnos instantáneamente, en dejar así todo consuelo tras nosotros. La revelación no puede tener lugar sino en el presente, en y por el instante que nos engulle y nos escupe. ¡No, SEÑOR! Lo que muere no es el instante, sino que es él quien nos hace morir con una de sus minúsculas muertes repetidas cuya suma forma el tiempo. Por lo tanto, solamente las cosas pueden repetirse. Podemos repasar suavemente el hilo de una existencia caótica sembrada de muertes, de ausencias y de malentendidos. Encontrarnos con los niños que fuimos, que han crecido y se han dispersado. Estos reaparecen gozosamente con el brillo turbador de las flores frescas recién cortadas. Reencontrarnos con el amor de nuestra vida con esa sensación melancólica y deliciosa de estar doblando la apuesta. Sentir toda la locura de nuestra vida, sus errores, atravesando como unas cuchillas los músculos envejecidos de nuestro cuerpo. Volver a hacerlo, pero todo es diferente. El mismo decorado, las mismas impresiones de *déjà-vu*, pero también una desconocida sombra ligeramente deformada.

Siempre disfrazamos de espacio el tiempo. Esto probablemente nos tranquilice. Siempre tenemos una fe más fiable en el espacio. Empero, una extraña percepción se produce cuando, por casualidad, volvemos a ver a un ser al que habíamos perdido de vista o simplemente olvidado. Una torsión espacial en una MARAÑA DE SUDARIOS. Y con esta aparición, vuelve, como la pieza de un puzle, un trozo faltante de lo que, con ingenuidad, nos obstinamos en llamar la totalidad de nuestro pasado, a medida incluso que este conjunto, que jamás ha existido como tal, se vuelve cada vez más incoherente y doloroso de imaginar, puesto que sus contornos se van desdibujando. Pero, entonces, ese fantasma del pasado vuelve como farsa (no hay creencia más extraña y desoladora que la de los fantasmas), en versión creciente y deformante, a través de nuestra obstinación en otorgar una dimensión espacial a las temporalidades acumuladas por una vida. Apoyados como estamos en el rechazo del recuerdo como pura percepción presente (trabajo del presente), creamos monstruos ridículos salidos de una atracción de feria del Trône⁸ o de una macabra danza medieval: eso que, pomposamente, llamamos *nuestro pasado*. En la primavera siguiente a la muerte de Marie-Thérèse me topé por casualidad en el museo del Louvre, mientras erraba entre los visitantes ante *La batalla de san Romano*, de Paolo Uccello, con mi prima Brigitte, la que me

invitaba a los Alpes y en cuya casa yo había trágicamente conocido a Jay, la joven violinista irlandesa. En la época de mis estancias alpinas, Brigitte debía de tener apenas cuarenta años y, cuando en verano íbamos a refrescarnos a los torrentes o los lagos, ella siempre se me acercaba riéndose y salpicándome, para pasarme la mano por el bañador y rozarme el sexo o las nalgas, fingiendo sorprenderse de mis pelos, de mis músculos y de lo que de inmediato prendían en mí sus caricias. Brigitte reapareció, pues, delante de la juventud pintada de los caballeros de Uccello, y su rostro, durante unos segundos, ante mi mirada perdida en la contemplación del cuadro, se descompuso para confundirse con los *mazzocchi*, esos abigarrados sombreros florentinos, de múltiples facetas, que representa minuciosamente el pintor en las cabezas de los soldados. Y, lentamente, fuera de combate, esa ancianita debilitada y desarmada, me tendió su rostro deformado como una súplica emergiendo del pasado. No la reconocí de inmediato, perdida ante la geometría de las lanzas de la batalla y los curiosos sombreros, y solamente caí en mientes de que era ella al leer su nombre en la tarjeta de visita. Brigitte, que en el ocaso de su vida se había convertido en guía de museos, se acercó a mí y me tendió su carné, patéticamente escrito con gigantescos caracteres dorados: DIPLOMADA DE LA ESCUELA DEL LOUVRE. Era Brigitte. Había echado carnes y se había encogido, vestida como una muñequita con un viejo fular Hermès anudado al cuello y atrapado entre sus dos pequeños senos deslavazados, con todos los estigmas de esa timidez propia de la vejez ante un recuerdo vivo. Me he enterado de que ha muerto Marie-Thérèse, me dice. Con una voz sorda, repito: Sí, Marie-Thérèse ha muerto. No digo nada más. Ella, débilmente, añade: Tienes que venir a vernos. Oh, no, no pienso ir. Nada tenía ya de aquella joven que se aburría e inventaba juegos furtivos en los torrentes. Se han escapado todos los secretos. Vivimos sin razón una existencia disimulada. SED LIBERANOS A MALO: mas líbranos del mal. El fuego que está en las profundidades de la tierra no aparece sino en la cima de los volcanes. OH, LAGO. Conocí un período así en el que volvía a ver los fantasmas del pasado a diario. Ardían en llamas al aire libre y desaparecían convertidos en cenizas, como aquella joven alta y morena de rostro maravillosamente regular, siempre vestida con minifaldas y botas altas, con quien yo pasaba tardes enteras en un *bateau-mouche* en vez de dirigirme a mi oficina. Solíamos hablar a la sazón de viajes que nunca haríamos. Volví a verla al cabo de los años, y decidimos entonces hacer por fin un viaje juntos. Ella había elegido el destino: Praga. Pero la

misma noche de nuestra partida me di cuenta de que ella ya no era la que me había hechizado en el Sena durante aquellas perezosas tardes que pasábamos sin hacer nada, sin atrevernos a tocarnos entre los turistas. Algo infinitesimal había cambiado en ella: la regularidad de esos rasgos con los que había fantaseado o las faldas apenas unos milímetros más largas, las botas menos flamantes y rayadas en algunas zonas. Incapaz de repente, paralizado, aquella misma noche cogí un vuelo de regreso a París, la abandoné en mitad de la multitud de viajeros en el aeropuerto de VÁCLAV-HAVEL y me condené a una triple pena: el eterno arrepentimiento por esa noche de amor malograda; la decepción brutal, amarga del recuerdo, y la imposible visión de Praga. No me guardes rencor. Ha sido un error, le dije lamentablemente antes de huir en dirección a las señales de Salidas. No tendría que haberlo hecho. Pero los grandes escritores nos han enseñado que una vida no se narra correctamente sino narrando sus errores. San Pablo, san Agustín, la marquesa de Sevigné, Dostoievski y Proust... No para quejarse de ello ni vencer necesariamente su culpa, sino para hacer que acontezca una imagen posible del tiempo en el trabajo íntimo de la comprensión de los extravíos y las faltas. Siempre hay una utilidad en los desatinos cometidos, y abordarla, narrarla será siempre más interesante que el anatema o la contrición. Oír con otro oído. Pablo confesaba lo siguiente: Sí, no comprendo nada de lo que hago. Lo que quiero no lo hago; y lo que detesto lo hago. ¿Cómo encontrar una salida? ¿Por la oración? ¿Por la escucha? Era en este cabal lugar de su epístola a los romanos donde, zanjando el asunto, Pablo situaba la palabra *pecado*: la falta o el error trágico que caracteriza nuestra condición mortal, nuestra finitud. Me imagino entonces a Proust o a Dostoievski redactando un *midrash*⁹ del apóstol Pablo. Mi sueño de escritor. El pecado es la indispensable partitura para interpretar las dimensiones de una existencia. Llamemos a esta partitura «ley» o «enseñanza». Un muro por salvar y sobre el cual no es bueno descansar, explica Pablo. Lo que está mal yo no lo quería, y lo he hecho. No hay un solo santo que no haya sido un cabrón. Eso a despecho de que lo contrario no sea necesariamente cierto (no hay un cabrón que no haya sido o que no será un santo). Recuerdo el desconcierto de aquel anciano al que visitaba regularmente en una comunidad religiosa, el cual había consagrado su vida a ayudar a los demás, a los más desvalidos, los más débiles, y que en el momento de redactar sus memorias fue incapaz de abordar la remembranza de

un crimen cometido intencionadamente, aun cuando se había dedicado durante toda su vida, de manera sincera y desinteresada, al servicio de los demás. No se imaginaba como un santo, pero tampoco como un cabrón. No alcanzaba a comprender lo que uno podía deber al otro. Aquel viejo, que ganó celebridad por sus buenas obras, me confesó que nunca había aceptado volver a cuestionar el bien que había podido hacer por la mera razón de una noche culpable, de un encuentro que había degenerado en un derramamiento de sangre. PREDICAS QUE NO SE HA DE ROBAR, ¡Y TÚ ROBAS! (san Pablo a los romanos). Con ello había rechazado finalmente la extrema rebelión contra sí mismo que lo habría convertido en un santo. Le hablé de la señorita Goethe, de sus mentiras jamás desenmarañadas, y de mi fascinación infantil por ese cuerpo exhibido y sufriente. Por aquellos, me dijo él, cuyo ser está muerto no se puede hacer nada, nada en absoluto. Comprendí que me estaba hablando también de él. Y comprendí igualmente la difícil lección del libro de Daniel en la Biblia: el tiempo del final, más allá de las aterradoras visiones, es el tiempo concedido a cada cual para el perdón. No habrá otro. El tiempo concedido para comprender.

Por suerte, nunca he vuelto a ver a Ojos Negros vieja e irreconocible. No me la he encontrado un día por casualidad ni he tenido que tardar unos minutos abismales en percatarme de que, a buen seguro, es ella. Y sin atreverme a abordarla. ¿Para decirle qué y cómo? Y acabar dudando terriblemente. Pero su recuerdo se me manifestó transcurridos unos años. Con toda la fuerza rejuvenecedora del recuerdo puro, cuando en un *flash* te es restituido aquello que ya no buscabas. O que nunca habías buscado al no saber que habría algo por descubrir y que toda cosa nueva es un recuerdo liberador. En el momento y el lugar donde menos te lo esperabas. Muy lejos de Niza. En el otro extremo del mundo. Me habían dicho que ella vendría a buscarme a la entrada de mi hotel en la zona financiera de Wuhan, esa enorme ciudad industrial china que yo estaba descubriendo entonces. Ella se llamaba Yvonna y me guiaría en mi visita a la ciudad durante una tarde antes de mi conferencia a última hora del día. Vería la ciudad moderna alrededor de un lago (que me hizo pensar en Chicago, adonde no he ido jamás), pero asimismo los templos, las calles antiguas con los puestos en los que podríamos degustar cangrejos antes de caminar a orillas del Yangtsé, el río azul que el presidente Mao había atravesado varias veces a nado. Una placa de mármol así lo atestigua cerca del embarcadero herrumbroso y traqueteante del ferry que une ambas orillas. Y en las fotos del folleto, se ve a un Mao grueso, en bañador, una silueta grosera y ridícula, una sonrisa congelada bajo un peinado negro chafado y brillante, con ese porte bonachón vagamente inquietante del depredador. Pero de las aguas azules no vi más que una extensión moviente marrón, casi amarilla, pequeñas playas provisionales de arena fangosa entre los hierbajos y los detritos, con unas viejas sillas solitarias cerca de unos puestos de bebidas hechos con tablones, donde beber saboreando cervezas y té en mitad de una bruma dorada que desciende de las fábricas siderúrgicas río arriba y que hace que te lloren los ojos y tosas. SUCEDE TODO CUANTO NO PUEDE SER IMAGINADO.

我的名字是... *Wo de míngzì shì Yvonna.*

Me llamo Yvonna. Lo dice una alta y guapa estudiante de Lenguas Aplicadas de la universidad de Wuhan. Luce un vestido de seda verde sobre unas largas piernas ligeramente pesadas, unas zapatillas deportivas y una cazadora de lona. Una boca perfecta, los labios de un rojo vivo. Y DOS GRANDES OJOS NEGROS almendrados que me miran fijamente con pudor. Es ella. Lo único que veo son sus ojos. Mientras tanto, me envuelve una inmensa sonrisa que consume reverencias secretas e imprime el cielo entero en su mirada. Pero esta vez no he tenido que alzar mi mirada. Soy ligeramente más alto que esos ojos negros que me invitan a acompañarlos. Caminamos horas en silencio por la ciudad, luego por las orillas del Yangtsé. Al principio de nuestro paseo, no me atrevía, sin embargo, a mirar a Yvonna, por miedo a que un acontecimiento viniera a dispersarlo todo, a estropearlo todo. La grandeza de China está colmada de alegorías y de enigmas. Los corazones son montañas de remordimientos y esperanzas. Mil millones de cerebros circulan en automóviles internacionales como si siguieran montando dragones y nubes. Y millones de luces traseras de automóviles desaparecen en dirección a invisibles montañas. Mientras caminamos, me aventuro por fin a echar un par de miradas en dirección a Yvonna y me aproximo a ella. Una exquisita piel de marfil. Le cojo la mano en silencio. Me vienen a las mientes esos versos de Cummings que le recito de memoria en inglés delante de la extraña Torre de la Grulla Amarilla:

*now all the fingers of this tree(darling) have
hands, and all the hands have people; and
more each particular person is(my love)
alive than every world can understand
for love are in we are in love are in we;
for you are and I am and we are(above
and under all possible worlds)in love*

ahora todos los dedos de este árbol(querida) tienen
manos, y todas las manos tienen personas; y
cada persona concreta está(mi amor) más
viva de lo que cada mundo puede comprender

pues enamorados estamos nosotros estamos enamora
dos nosotros;
pues tú estas y yo estoy y nosotros estamos(por encima
y por debajo de todos los mundos posibles)enamorados.

Ella se ríe mientras conserva su mano en la mía. Me pide que le repita despacio en francés. AMOUREUX NOUS SOMMES.¹⁰ Se sonroja. No comprender, dice. La tranquilizo. En el fondo de cada uno de nosotros hay una mano por coger. Ésos son los inicios oscuros de un recuerdo. COMO UN RECIÉN NACIDO. El presente alumbra el pasado. Una mano tendida. Lo que comprendo al poco tiempo en la cubierta de un ferry atestado, mientras estrecho en mis brazos a esa jovencita, es una semejanza fulgurante y percibida de manera sensible e inmediata con un recuerdo perdido. Por fin me hallaba ante Ojos Negros. Su memoria se tornaba viva y encarnada al mismo tiempo que ella desaparecía de las cárceles del pasado. Yvonna permitió que existiera de manera sensible un sentimiento que había permanecido huérfano. Dio nacimiento a la remembranza fresca y nueva. Comprendí que el recuerdo era un elemento de conocimiento físico capaz de establecer correspondencias reales entre unos seres, unas acciones y unas situaciones que no podían estar más alejados entre sí. La memoria era ese acontecimiento del presente. Esto es lo que es tan difícil de comprender y, al final, de admitir. En ocasiones tan doloroso. No encontramos nada de eso que llamamos «el pasado», pero estamos presos en sus relaciones metafóricas, que forman la carne del tiempo presente. No debemos dejar que nada se pierda. Las asociaciones corren. ¿He de pensar que Ojos Negros había sido una joven asiática, refugiada en Francia a principios de los sesenta, estudiante ella también y empleada en Niza en el establecimiento de las hermanas del Saint-Esprit para pagar sus estudios? Tras la derrota de Đìê·n Biê·n Phủ y hasta la toma de poder del presidente Ngô Đình Diê·m en Vietnam del Sur, muchos vietnamitas que poseían la nacionalidad francesa y que habían trabajado en la administración francesa habían sido repatriados a Francia. A la sazón, yo no sabía nada de todo eso, y tampoco es que sepa mucho más hoy en día. Seguramente lo supe o lo imaginé aquel día, en Wuhan, cuando vi aquellos mismos ojos negros almendrados. Y más adelante, al besar y acariciar a Yvonna cuando el viento oeste casi metálico azotaba nuestros rostros y las aguas turbias del Yangtsé. Yo, que de pequeño

había sido incapaz de la energía viril suficiente para arrancarme de un recuerdo ardiente, para arrancar de mi corazón tanto a la bienamada como los oscuros pensamientos de lo que habíamos hecho, al correr de los años me hallaba sellando una suerte de reconciliación. Me convertía en el actor presente y adulto de mi memoria. No es que esta joven ocupara el lugar de aquella otra que atormentaba mi espíritu ni que fuera una mera presencia de sustitución, sino que su aparición me extraía de la insuficiencia del sentimiento que me unía a aquel recuerdo perdido, alejándome suavemente del apego. De mi neurosis. Es decir, de esa posesión imaginaria del recuerdo por la que creemos que, si cesamos de poseerlo como un recuerdo, éste dejará de existir. Negándonos a comprender que no hay recuerdo viviente sino en el exterior, por fin liberado de esa pasión del apego y de su repetición, con la que lo único que construimos es una memoria defensiva: un castillo vacío habitado por soldados muertos convencidos de continuar su asedio a la espera de la caballería. Con Yvonna se operó ese milagro del tiempo sobre los actos oscuros, las heridas secretas, los errores infligidos y sufridos. NO TEMAS, dice el Señor. Toda promesa pone fin a la esterilidad del tiempo. LÉASE EN MIS ESCRITURAS. Oh, cayó la noche. Al anochecer, las aguas del Yangtsé exhalan un tufo denso y pestilente como el plomo. El perfume de la descomposición. El de la vida moribunda. Ambos contemplamos en silencio la agitación de la noche a orillas del río. Un vejestorio en camiseta interior y unos pantalones remangados hasta sus raquíuticos muslos, se envolvió en su toalla y se vistió de nuevo en mitad de la niebla nocturna, dejando tras él su taza de té vacía y las hediondas orillas de la playa. Estreché a Yvonna contra mí. Sabía que al día siguiente ya no nos veríamos más. Yo cogía el avión hacia París. Cada cuerpo es un adiós. Recuerdo que lloramos sin comprender aquello tan radiante y tan vano que nos estaba sucediendo. No había nada que decir. Fue una preciosa noche. Un día hermoso.

He de confesarlo ahora: la memoria es el palacio de un ladrón y de un encubridor. Una caverna de Alí Babá. El maravilloso castillo de los errores. Ésa es su belleza. Para la pregunta que durante tanto tiempo me hice: ¿qué habíamos hecho Ojos Negros y yo?, sólo tenía una respuesta: no he estado aquí el tiempo suficiente para saberlo. El tiempo, caballito, me llevó. No supe nada. ¿Cómo sabes que erais ella y tú? ¡Nos he recordado a menudo! ¿Cómo puedes estar seguro de ello? Soy absolutamente incapaz de resignarme. Al final, aquella noche en el Airbus que me llevaba desde Wuhan a París sobrevolando las nubes, me pregunté: ¿estás del todo seguro de no haberla vislumbrado nunca? Siempre hay alguien llamándonos desde nuestro interior. Ese alguien es a la vez nosotros y otro, a la vez recuerdo y aparición. Por más que me diga que aquello se acabó, hace mucho tiempo, que me da igual, siempre contaría todo de una manera diferente. Detendría el tiempo, rebobinaría la película. Tecla de retorno. En verdad, no estoy seguro de nada con precisión. ¿Quién podría estarlo? Me dije, por ejemplo, la historia de Diane la has contado decenas de veces. No exactamente de esta manera, me respondí. Sí, sí, te lo juro. Estoy obligado a reconocerlo, pero ¡ahora comprendo mi error! Una misma canción no se canta dos veces de modo idéntico y, sin embargo, es la misma canción. En la narración que hacía sin cesar de esta historia, intentaba decir otra cosa. ¿Quise a Diane y aquella historia de sumisión involuntaria, o acaso había vivido otra cosa al mismo tiempo, algo que desconocía y que se me revela años después conversando conmigo mismo? Puedo decidir entre detener la imagen y reanudar entonces la película. Una noche en su camarote, a lo largo de las costas griegas mientras iba rumbo a Santorini, Diane llora. La estrecho en mis brazos y trato de consolar una pena inexplicable para mí. Ahora, podría resolverme a decir lo mucho que me conmovieron sus lágrimas. Podría procurar explicar lo mucho que yo había exagerado aquella aventura masoquista. ¿No era esa exageración posible lo que me divertía? Mientras tanto, Diane, al igual que los niños en sus juegos inventados, intentaba torpemente hacerme admitir esto: Yo soy esa a la que habrías amado (lo que dice Ysé a Mesa en *Partage de midi*, de Paul

Claudel). En absoluto contamos desde el mismo punto de vista las mismas cosas o con la misma esperanza según si construimos un relato o si nos explicamos ante los demás por vía epistolar, por ejemplo, como lo hizo el apóstol Pablo, a diferencia de los evangelistas. ¿Por qué estás llorando? Ah, sí, estoy llorando, dijo ella, me habría gustado que te interesaras locamente por mí. ¿No era eso lo que estaba haciendo al prestarme a sus juegos? Le juré que la quería. En verdad, no mentía. Pero yo era como ese que, al decidir que parte a la aventura lejos de su hogar, renuncia al cabo de apenas unos kilómetros y dirige a los suyos fotos trucadas, mensajes, haciéndoles pensar que ha emprendido una expedición grandiosa, cuando, en realidad, está viviendo en un hotel al borde de la autopista. A la espera de que eso pase. ¿Qué giro debería entonces haber dejado que tomara mi vida para resolver esta historia? A menudo el amor nos lleva a aceptar del otro lo que él mismo habría preferido no imponernos. Numerosas relaciones amorosas descansan en este extraño malentendido DE DOBLE FILO. Si bien por fascinación había cogido el gusto a los juegos de sumisión de Diane, no había comprendido qué confesión imposible contenía tal contradicción: amar y humillar. ¡Mira que eres rarito! El tipo más raro que he conocido jamás. Estas palabras se dirigían a la decepción que debía de leerse en mi semblante. Una vez más, habíamos convertido un juego en aquello que revelaba nuestras respectivas incertidumbres. Comprendí, frente a mí, cuando entonces ni siquiera contaba seis años, la soledad de Ojos Negros, su veneno. ¡OH, SEÑOR!, hoy lo que trato es de reducir a una unidad posible una sucesión de errores e impresiones vividos, de creencias pasajeras. Podría haberme inventado a Ojos Negros lo mismo que había imaginado a Lago. O puede que, al imaginar a Lago para distraer esa soledad propia de la infancia, hubiera llegado a poner en pie ese romance sin salida con aquella joven estudiante que venía a cuidarnos. Aunque la infancia hace mil preguntas, en lo sucesivo ella no responde a ninguna de las que le planteamos nosotros. En esto la infancia sigue siendo una gracia misteriosa jamás recobrada. Una de las cosas más extrañas para mí hoy, y sin duda una de las más dolorosas, ha sido darme cuenta de que había dejado de hablar con ese interlocutor imaginario, ese ángel de la infancia que me acompañaba a todas partes, OH, LAGO. Darme cuenta de que tal cosa me es imposible en el presente. Yo llamaba, hablaba, pero nadie me respondía. Algo había llegado a su fin. Aquello no volvería nunca y se llevaría consigo secretos, visiones que, con todo, me habían pertenecido, que eran tan yo

mismo como el yo que ahora soy sin ellos. Una parte de mí ya no existía. ¿Qué nos queda entonces? La impresión de estar viniendo a morir siempre a la misma orilla, la misma playa desnuda en la que buscamos a alguien que seríamos incapaces de describir si se nos pidiera. Pero Ojos Negros jamás me ha abandonado. Si hoy pudiera retroceder en el tiempo, detener la imagen, estarían, estoy seguro, los mismos cinco golpecitos dados a esa puerta (y hoy creo que daría esos golpes eternamente) que me brindaría la visión de dos magníficos espejitos negros hacia los que yo alzaría mis ojos. Para leer en ellos el mismo Sí, SIEMPRE. Las mismas caricias prohibidas. Idéntico escándalo, pero habiendo atravesado la vida a contracorriente y habiéndola recubierto con ese polvo dorado de una tierna redención. Esa otra gracia, la única en la que creo, la última que nos queda, según la cual nada es imposible por amor, la explicaba ya san Agustín. Esa gracia que transforma el error en enseñanza, es decir, en desenlace. Al final de una tarde, apenas unos días antes de las largas vacaciones de verano, probablemente una de nuestras últimas citas clandestinas, Ojos Negros se me había mostrado desnuda por completo. Sus ropas hechas una bola sobre una de las camitas del dormitorio. No nos veríamos en mucho tiempo. Pronto sería verano. Ni siquiera ella sabía si el próximo año escolar seguiría allí. Se me antojó entonces absolutamente sola, lo mismo que estaba sola en su pasión prohibida, cuando insistió, divinidad desnuda con lágrimas asomando a sus ojos en aquel dormitorio desierto, en la necesidad de NO MIRARLA. No, no, te lo suplico, no me mires, no me mires.

*let beauty touch a blunder
(called life)we die to breathe,
itself becomes her wonder
-and wonderful is death;
but more,
the older he's the younger she is*

que la belleza toque un torpe error
(llamado vida)morimos por respirar,
ella misma se muda en su maravilla,
y maravillosa es la muerte;
pero más, cuanto más viejo es él

más joven es ella

E. E. Cummings. Un torpe error llamado «vida». Aquella vez hube de ser el más viejo de los dos. Viejo niño frente a una joven beldad prohibida. Pequeño Moisés mudo en el desierto ante una oscura ZARZA EN LLAMAS. Y, seguramente, aquella belleza que vi sin verla, al carecer de cualquier precisión acerca de su uso, en cierto modo se mudó en mi zarza ardiente. *Anokhi*.¹¹ YO SOY, dijeron aquellos ojos como el dios del desierto a Moisés. YO SOY, murmuró la negrura de aquellos ojos. Y de aquel dios sólo quedó para terminar, como Elías unos siglos más tarde cuando siguió los pasos de Moisés en el mismo desierto, un murmullo agonizante. El polvo desolado de un silencio.

O una sombra que arde todavía, como la de los grandes héroes de otros tiempos, escribía Homero.

Al cabo de unos días sor Ange me interrogó. Antes de la dispersión que precede al verano. Lo dije. Tal vez ella hubiera esperado que acudiera espontáneamente a hacerle mis confesiones. Al entrar en la sala de visita, cerré los ojos delante de ella. E imaginé de inmediato con horror que aquello confirmaría su presunción. En lugar de eso, sucedió lo contrario. Andaba yo tan lejos de creer que sor Ange admitiría mi inocencia que estaba dispuesto a multiplicar los indiscutibles gestos infantiles de arrepentimiento. Dispuesto a inventármelo todo, a contarlo todo. Ella no intentó saber por mí más de lo que había podido saber por otros. Pronunció estas pocas palabras: no pasará nada, no te preocupes. TODO ESTÁ BIEN. Su amplia sonrisa me desarmó. No recordaba haberla visto así. Era ella, aquella religiosa distante y fría, quien entonces me envolvía en los pliegues de una secreta benevolencia. Y, sin decir una palabra más, me sugirió dulcemente que me fuera volando a reunirme con los demás niños antes de murmurar detrás de mí, cuando yo ya corría hacia el sol: ¡Felices vacaciones! Acababa ella de salvar a una joven vida de la culpabilidad, mas su silencio y su sonrisa imprimieron en mi existencia el sello enigmático de una absolución. Fue ella, sor Ange, quien, con su inesperada actitud, me abrió la puerta de una ensoñación obsesiva en virtud de la cual la verdad de las cosas sólo me sería verdadera si podía serlo en la deslumbrante inmediatez del instante. Y de su crueldad. Oh, Señor, tú has dicho también: HE VENIDO A PRENDERLE FUEGO A LA TIERRA. Y a menudo siento frío, aun cuando, indudablemente, todo arde desde mucho tiempo atrás. Esa frase significaba en realidad que repetías todo desde los oscuros comienzos que no conoceremos nunca. Todavía niños por siempre jamás. En el verano que se acerca. ¡CON LAS MOSCAS DEL VERANO, VISIONES, VENID! La tía Jeannette surca en tromba la eternidad al volante de su AUTOMÓVIL CELESTE entre las estrellas, atraviesa la noche ardiente y vocífera, con voz aguda, con sus dos queridas hermanas en la parte trasera, sus enormes tortugas y su san Cristóbal oscilante:

Dios, Padre nuestro, con todos los ángeles y los santos

envía a tu Espíritu, renueva la faz de la tierra.

Kyrie Eleison

Christe eleison

CRISTO TEN PIEDAD. Nunca nadie vive sino para amar. Mas todos querrían no creer en otra cosa. Esperar a que eso se reproduzca. Nuestro más vasto enigma, que ocupa la inmensa incógnita del tiempo, es la esperanza. Es ella. Y la cuestión del valor que estamos dispuestos a conceder a la suerte. La esperanza nos convierte en jugadores de casino o de lotería. Yo he vivido suspendido de esta interrogación, de la función exponencial del acontecimiento de la suerte. Será un número escrito $E(X)$, llamado ESPERANZA DE X. $E(X)$, que corresponde al resultado medio esperado si repetimos un gran número de veces una experiencia aleatoria. Sueños, esperanzas, angustias: la mejor definición de mi existencia antes de que el final de los tiempos me libere. Y si X representa el número de sucesos acaecidos, $E(X)$ es igual a la probabilidad de que esos sucesos se reproduzcan, pues nuestra debilidad consiste en que, con frecuencia, no esperamos sino repeticiones. Ahora bien, es muy larga la esperanza. Llorando por perder a alguien, algo. Y en el esfuerzo de esperar lo que no existe en ninguna otra parte, deseándonos el ánimo para albergar ese poderoso sueño del tiempo: no la repetición aleatoria de una victoria cualquiera, sino de alguien, de algo que jamás fue.

Mis errores se encadenan así gozosamente ahora que todo ha comenzado a reaparecer en la superficie. Soy como un buceador en el crepúsculo que vuelve a encontrar el aire libre y tiembla. El agua del tiempo sobre su piel espejea con gotitas de plata que se evaporan. El viejo mundo que resucita a mis ojos es a la vez el mismo y otro, atrapado en una minúscula gota de agua efímera. El pasado es muy ligero. Experimento la novedad perpetua del mundo. Porque únicamente podemos vivir en un mundo en el que el deseo no alcanza necesariamente su objeto. ¡CÓMO TE VOY A ECHAR DE MENOS! Esa frase sigue siendo verdadera. Está viva. El nadador que remonta a la superficie de los tiempos perdidos trae una primera rosa. Un botón que apenas ha eclosionado. Una frase. Una vida. Un recuerdo que dilatará el tiempo entero. ¡Dios mío, no imaginaba que una rosa pudiera aguantar tanto tiempo! Ni que pudiera atravesar la noche. Ni que una breve frase como aquella pudiera ver y hablar por nosotros. Oh, esos OJOS NEGROS al fondo de un LAGO que me contemplan. Algo había sucedido. Las palabras se juntan de manera impecable y forman una frase. Una frase, una vida. Pero de aquel acontecimiento yo nunca sabría nada más. Los antiguos lo enseñaban y nosotros lo hemos olvidado: el recuerdo es una fuerza que hace acontecer más que reaparecer. La mecánica de la memoria es más el presentimiento que la conservación: tal cosa habrá podido ser, tal cosa sucedería. Nada triste, al fin y al cabo, salvo a veces el muelle tensado de una broma: la distancia que nos separa indefinidamente del objetivo a despecho de, o en razón de, todos nuestros esfuerzos para alcanzarlo. Es Charlot completamente borracho, subiendo sin éxito la escalera de la izquierda que conduce hasta su habitación y que, de pronto, tras múltiples caídas, sin tropezar se adentra a toda prisa en su habitación por la escalera de la derecha, que, al igual que él, nosotros tampoco habíamos visto. Con una hilarante precisión y la melancolía de quienes han pasado por el absurdo deber de vivir y aguantar incluso a costa de las caídas y de nuestra impotencia. Charlot no envejece. Existe. Insiste. Alguien cierra la puerta: él sigue ahí en la habitación. Hace que aparezca una escalera salvadora. O una mirada inesperada detrás del telón de un circo.

Fuera lo que fuera lo que creíamos haber perdido o dejado escapar, somos siempre principiantes. Con el misterio de una obra por hacer que perseguimos toda la vida, a sabiendas de que su culminación definitiva impediría que nos pusiéramos manos a la obra cual un funámbulo sobre su cuerda. He aquí lo que durante años me sorprendió. He aquí lo que de pronto aprendí siendo un niño, pero sin las palabras para expresarlo. Privado del lenguaje necesario, de las palabras con las que describir tal acontecimiento. Es en UNA FRASE como todo vuelve. Una frase que ella podría haber dicho, que aquellos ojos negros que se me aparecían cuando abría la puerta del dormitorio de la primera planta, que aquellos ojos negros trataban en realidad de decirme. Una frase como esta: YO SOY ESA A LA QUE PODRÍAS HABER AMADO. Y yo, que debería haber suplicado: Quédese, no se vaya, señorita. Una frase que sólo aparece una vez que es demasiado tarde porque así ocurre con el lenguaje: éste es el cuerpo del recuerdo. La única carne de nuestra memoria son las palabras. Sí, lo que vuelve de lo que ya no es (o que presentamos de esta manera) nunca es otra cosa que aquello que anhelábamos con todas nuestras fuerzas y nos contamos una vez que el crepúsculo se ha acercado. Una idea que no teníamos, eso pensábamos, y ese pensamiento preciso de la ausencia de la idea de ese algo que vivíamos hacía que eso aconteciera. Eso es lo que, andando el tiempo, trazan nuestras premiosas frases: los invisibles caminos que nos conducen de una cosa a su idea, conscientes de que la ilusión necesaria de poseer ese algo puede llevarnos al duelo por su idea. La del amor o la de la eternidad, ideas éstas que no existen sino por su ausencia o su imposibilidad: las únicas ideas que aparecen en el curso de las frases y las palabras que las nombran. Todas las frases que construimos en adelante. NOSOTROS, COMO UNOS CORREDORES EN POS DE LA VICTORIA, corremos detrás de ideas perdidas. La nostalgia descansa, pues, sobre aquello que podría haber sido, y no sobre lo que ha sido. Las palabras que nos sirven para contar una acción celebran en cierta manera el duelo por esa acción convertida en frases y en historia narrable. Si de algún modo puedo ser dueño de mi pasado es relatando lo que ha sucedido, aun cuando ese relato no resuelva nada de lo sucedido. Hoy lo sé, SEÑOR. Aquellos ojos negros no me decían más que una cosa, no formulaban más que un deseo: Te deseo que ames y que te amen. Que ames TODO. Habría que sentirse el corazón de ese que, terminada su tarea, puede descansar. Y decir por fin quiero vivir.

Oh, sí, ahora lo sé. Al presente, lo acepto. Al presente, soy sensato.

¡FUEGO!
fuego de Ambrosio y de Agustín
fuego de Moisés
fuego de Pascal

ignis ardens

Fuego memoria cohete
llevándose la infancia
que viene la única
la verdadera la por venir

lejos delante
delante
allá donde nosotros
enamorado estamos
nosotros estamos
enamorado
nosotros somos nosotros
siempre

recitemos conozco la ecuación mágica

UNA FRASE
IGUAL A UNA VIDA
igual a una frase
igual a una vida

igual a una frase
igual a una vida

NOTAS

¹ Heroína creada por Georges Chaulet en 1961 para la Bibliothèque rose, la célebre colección de lectura infantil y juvenil de Hachette, Fantômette tiene una doble identidad de colegiala y de superheroína que lucha contra el mal vestida con unas mallas negras, un minivestido amarillo y un antifaz. [N. de la T.]

² Méhaigié es, en francés antiguo, el nombre del rey Tullido. [N. de la T.]

³ En el original dice así: «*nos existences en perdition*». La expresión francesa *en perdition* designa un barco que está en peligro máximo de naufragar o irse a pique. Sin embargo, *perdition* coincide en varias de sus acepciones con la palabra española *perdición*, como la religiosa referida a la «conde-nación eterna», así como a la «depravación o ruina moral», significados estos que están implícitos en el texto francés. [N. de la T.]

⁴ En el original «*pomme d'amour*», que literalmente significa «manzana de amor», pero que en francés designa las manzanas de caramelo que se venden en las ferias, y que el autor emplea en sentido figurado. Aparte de las obvias ideas de amor (sexo) y de pecado (la manzana bíblica), en la imagen de la manzana caramelizada, en su baño de azúcar (de un rojo vivo que invita a degustar su dulzor), se halla implícita la falsedad de las apariencias, del atractivo disfraz de dulzura de ciertas cosas que luego resultan no ser-lo. [N. de la T.]

⁵ Salvo esta cita de santa Teresa, que, como es natural hemos tomado directamente de *Las moradas* para la traducción, las demás citas que aparecen en este libro, ya sean antiguas (Biblia, san Agustín, etcétera), ya sean literarias

contemporáneas (E. E. Cummings, Stevens Wallace, etcétera), las hemos traducido a partir de la versión francesa que ofrece el autor -esosí, sin dejar de tener muy presentes los originales en el caso de los poemas en lengua inglesa que cita Boyer-, a pesar de existir incontables (y excelentes) traducciones publicadas y de que, especialmente en el caso de la poesía, nuestra versión directa desde el original podría diferir mucho de la del autor o de la cualquier traductor, ello con la finalidad de ser fiel al autor en lenguaje y expresión. [N. de la T.]

⁶ Batiburrillo de fruslerías y, en sentido figurado, cualquier conjunto de objetos o ideas inconexas y de poca enjundia presentadas en desorden. Unas líneas más abajo se citan unos versos del poema «The Emperor office-cream», que Wallace Stevens incluyó en su poemario *Harmonium*. Lawrence Thompson, biógrafo de Robert Frost, que mantuvo una relación amistosa un tanto tirante con Wallace, reproduce un diálogo entre ambos escritores: «Tu problema, Robert, es que escribes sobre *temas*», a lo que Frost le responde: «Tu problema, Wallace, es que escribes sobre *bric-à-brac*». En una entrevista para *The Paris Review* en 1960, Frost menciona esta anécdota y explica que cuando Wallace le envió su siguiente libro, éste, no sin ironía, escribió dentro: «*S'more bric-à-brac*» («Más *bric-à-brac*»). [N. de la T.]

⁷ En francés, *éclat*, que además de «brillo» tiene el significado de «estallido», «aparición repentina». La palabra griega π (*epiphneia*) está emparentada con la raíz protoindoeuropea *bha-*, que significa «brillar, aparecer, manifestarse repentinamente algo oculto, hacer visible, sacar a la luz». En sánscrito, भ्र (*bha-*) significa también «brillo, esplendor». La palabra griega (*fos*, «luz») está asimismo relacionada con esta raíz, además de otras que, no en vano, aparecen en el texto, como (*phántasma*, «fantasma», «aparición»). De modo análogo, el autor emplea en la novela la palabra *flash* -que se asemeja al vocablo griego *fos* y que está lexicalizada tanto en español como en francés-, en su sentido etimológico inglés de «intenso y repentino fulgor», procedente de la raíz proto-indoeuropea *bhel* que, como *bha-*, significa «brillar, fulgurar». [N. de la T.]

⁸ La foire du Trône o feria del trono es una feria parisina, una de las más antiguas de Francia, que en tiempos tenía lugar en la place du Trône (hoy en día la place de la Nation) y que hoy se celebra en el bois de Vincennes. [N. de

la T.]

⁹ El término hebreo *midrash* (מִדְרָשׁ) significa «explicación, interpretación» y se refiere a la literatura hermenéutica judaica que recopila los comentarios sobre las Escrituras del Antiguo Testamento. [N. de la T.]

¹⁰ «Enamorados nosotros estamos». [N. de la T.]

¹¹ Como señala el autor, en hebreo *anokhi* (אֲנִי), significa «yo soy» (aparecen el salmo de 46:10 de la Biblia: «Estad quietos y conoced que yo soy Dios». *Anokhi elohim* en hebreo, lit. «yo [soy] Dios»). Curiosamente, la palabra *anokhi*- existe asimismo en hindi (अनोखी), aunque, como es natural, con otro significado y etimología. Derivado del sánscrito *anapeksa*- (अनपेक्षा), el adjetivo femenino *Anokhi*-significa «maravillosa, única, excepcional, magnífica», que bien podría ser un epíteto de Ojos Negros. [N. de la T.]